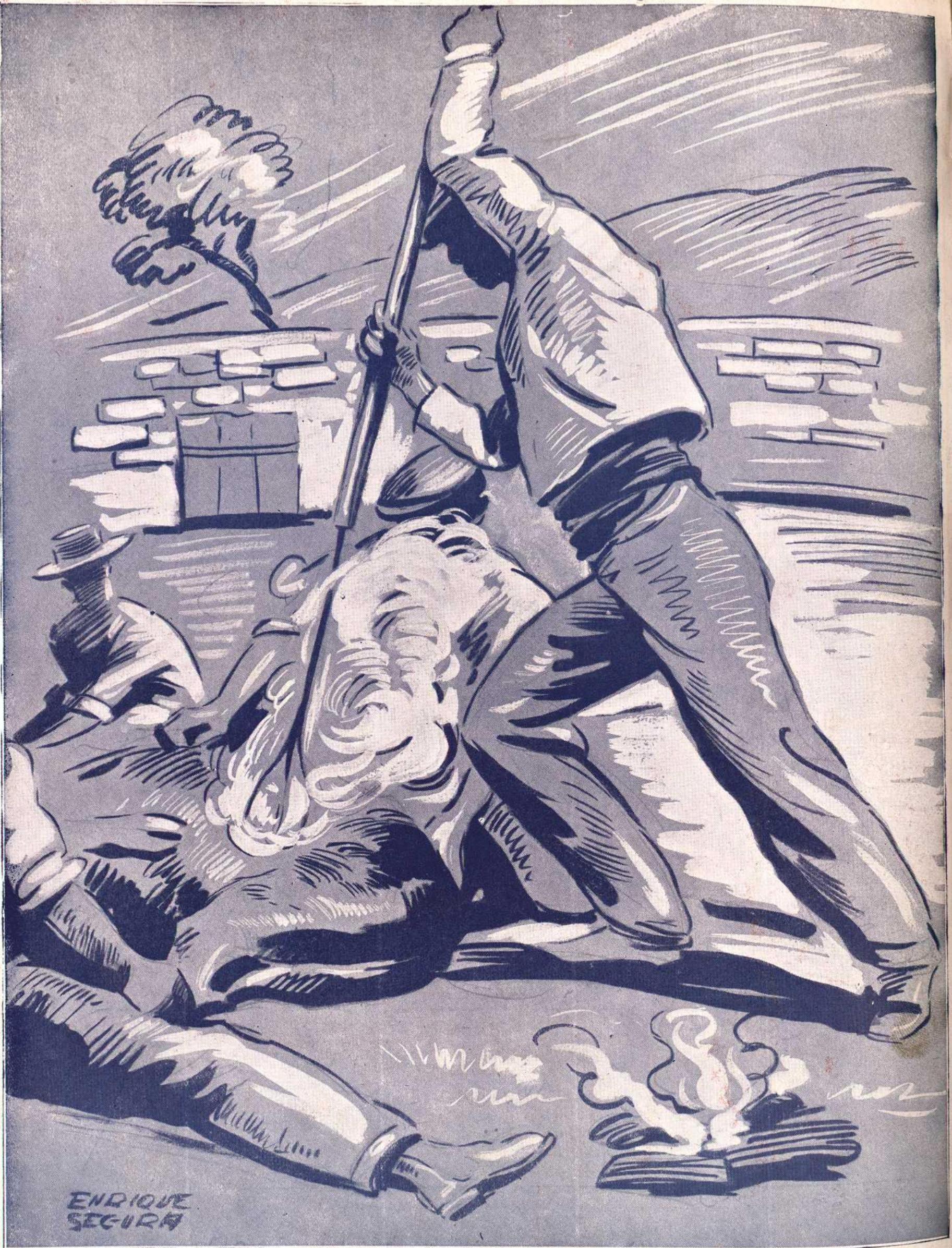


# El Ruedo



2  
Plas.

J. BARRERA



Poniendo el hierro a un becerro  
Dibujo de Enrique Segura



## Cogida de ORTEGA en San Sebastián

El adorno tras el cual, al arrancarse el toro, Ortega sufrió la grave cogida, y el esfuerzo del subalterno por retirar al diestro de la Plaza. — A la izquierda: Ortega observando la salida del toro que había de cogerle

(Fotos Marín)

# EL LAPIZ EN LOS TOROS

La corrida del domingo

Por ANTONIO CASERO



—Anda... ¡¡que nos hemos caído!! (Episodio de la lidia del primer toro)

La voltereta de Esplá en el primer toro



Un gran par de banderillas de Faroles



El debutante Vargas en un quite

ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -i- Madrid, 23 de agosto de 1945 -:- Núm. 61

Por carecer de papel, nuestro número de EL RUEDO, correspondiente al jueves 16, no pudo publicarse. De la actualidad taurina de aquella semana recogemos en el presente número las informaciones de mayor interés para que quede constancia de ellas en las colecciones. Por dicha causa hemos tenido que restringir el espacio habitualmente dedicado a la información gráfica de la semana.

Tampoco nos ha sido posible ofrecer a nuestros lectores un número de 32 páginas. Lamentamos esas contrariedades, ajenas por completo a nosotros, y por ello pedimos a nuestros lectores y anunciantes benevolencia.

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



SIGUE la mala racha para la temporada taurina. Manolète y Arruza, primero, y después Ortega, con el percanche aquel a cuernos de una becerria. Luego, cuando el horizonte parece despejarse y que la temporada del Norte va a poner todo en franquía, Manolète se resiente de su lesión en Vitoria, Arruza en Manzanares es víctima de una distensión que le aleja de San Sebastián, y en esta Plaza, por último, Ortega, cogido por un «galache», tardará un mes en volver a los ruedos. Total, que no hay forma —no la ha habido hasta ahora— de que en la cumbre de la temporada se realice aquel programa que por primera vez anunció, para el 5 de julio, nuestra Asociación de la Prensa.

El público, entre tanto, como si su afición estuviese ligada a este o aquel diestro y no a la fiesta en sí, continúa reservándose para el cartel de su gusto, y sólo excepcionalmente llena las Plazas. No puede aguantar, y esto es razonable, los precios, y las Empresas resultan, al fin, las víctimas más inmediatas y visibles de los acontecimientos.

El descalabro es ya inevitable por este año; pero sobre él, y como ya quedó apuntado otro día, debe cimentarse la reconstrucción del tinglado taurino, si es que no se va decididamente a acabar con la Fiesta, pues de otro modo es cuestión de muy pocas temporadas el que se acabe sola. Diestros, ganaderos y empresarios, responsables cada uno en el total desbarajuste de considerables sumandos, no encontrarán un público como el que hasta ahora han tenido para realizar sus pingües negocios.

Las medidas, si es que las autoridades u organismos competentes, como el Sindicato del Espectáculo, no intervienen, deberán tomarlas ellos mismos. Los empresarios deben ser los primeros —ya que ellos han sido también los primeros en tocar las consecuencias de tanto desatino— que pongan o intenten poner remedio con procedimientos tajantes, aunque a primera vista parezcan simples, elementales y poco meditados. Todo está en que se digan: «Nuestra Plaza es ésta, y su aforo, éste; los precios de antes de la guerra eran éstos, y los que podemos poner ahora, en proporción al actual nivel económico, son estos otros; luego la cifra para diestros no puede pasar de tanto, y los ganaderos no podrán cobrar por sus toros sino tantas pesetas, y esto siempre y cuando que el género responda como mínimo a las prescripciones reglamentarias.

Diestros y ganaderos, de los más altos a los más modestos, no tendrían otro remedio que acatar la decisión, en tanto que —esto por descontado— el empresario no se reservase en el presupuesto de ingresos sino el legítimo y natural interés de su negocio. Justo es que si de los empresarios comenzaron el abuso, sean ellos los primeros en cortarlo de raíz. Del mismo modo que se aceptaron exigencias desorbitadas de diestros y ganaderos, pensando que el público se avendría a los nuevos precios por disparatados que fuesen, deben ahora imponer restricciones. Después de todo, ellos bien pueden encontrar compensaciones económicas con charlotadas, encuentros de boxeo y hasta funciones de circo, mientras que los diestros quedarían sumidos en el ostracismo y los ganaderos tendrían que enviar sus productos al matadero, donde, por ser el peso riguroso, no podrían realizar grandes negocios.

Lo dicho no es una utopía; es algo que puede llevarse a cabo, porque, de lo contrario, los que no hayan alcanzado ya sus ambiciones no podrán alcanzarlas jamás. La Fiesta se acabará antes.

# La corrida del domingo en MADRID



Tres novillos de Sánchez Fabrés y tres de Juan José Cruz, para ANTONIO RANGEL, MANUEL VARGAS y FRANCISCO ESPLÁ

## LA SEMANA EN LAS VENTAS

### Aunque la señora Empresa no lo crea



EL pasado domingo tuve la suerte de presenciar la novillada a lado de un famoso autor teatral amigo mío y gran aficionado a la fiesta más nacional. Este amigo mío no se ha convencido todavía de que la Plaza de Madrid ha perdido la solera que tenía, y que en cuanto a categoría taurina, allá se anda con la de Avila, y

que me perdonen los abulenses.

Al hombre, que es madrileño, le duele todo lo que a su entender, hace la señora Empresa por aburrir a los pacíficos espectadores taurinos de la capital de España, y asegura que el ruedo de las Ventas ha perdido por entero el prestigio que heredó del de la carretera de Aragón. Decía mi amigo que hasta los torerillos que llegan a Madrid para hacer su presentación han perdido el respeto que debían al público madrileño.

Y si hemos de tener en cuenta el proceder de los novilleros que torearon el domingo por primera vez en nuestro ruedo, tenemos que dar la razón a nuestro amigo.

Los dos mozos salieron al ruedo convencidos de que ellos habían sido contratados únicamente para matar los novillos que les correspondiese y no se creyeron obligados a más. Ni un lance aceptable, ni un muy tazo de recibo. Carreras, espantadas, miedo y desapresión.

—Calcula— me decía el famoso autor teatral— lo que ocurriría en otro espectáculo cualquiera si el artista que hace su presentación en Madrid iniciara su trabajo con la misma despreocupación que demuestran estos dos jóvenes. Dirán que se reservan para mejor ocasión. Pero, ¿se le puede admitir esto a un individuo que torea por primera vez aquí? Si buscan otra justificación a su fracaso, es posible que reconozcan que no están lo bastante diestros para hacer su presentación en Madrid. Ninguna de las dos excusas es admisible. Pienso lo que hubiera sucedido si un señor en su primera actuación, so pretexto de que tenía que reservarse porque a los dos o tres días iba a cantar en Almendralejo, decía su parte a media voz, o desafinaba porque no había podido aprender todavía la obra. Seguramente el tal señor no hubiera podido terminar el primer acto y el público hubiera exigido la devolución del importe de las localidades, primero, y responsabilidades a los empresarios después. En el espectáculo taurino no ocurre nada de eso. Se tolera que los nuevos lidiadores vengan a torrear sin conocer los rudimentos de su profesión y que se escuden en la falta de especiales condiciones del ganado para justificar sus desastrosas actuaciones. A un novillero se le pueden perdonar muchas faltas; pero lo que en un torero que se presenta en las Ventas no tiene justificación es que se pase la tarde huyendo y no intente nada.

Mi amigo, que, como ve el lector, es de los que todavía se indignan, que dó pensativo después de este largo discurso, encendió un cigarrillo, me quitó —sin querer— la manga derecha de mi americana, suspiró y, al poco, hizo matis.

Supongo que a la señora Empresa le importa un rábano la opinión de mi amigo —que es la de todos los aficionados madrileños— y la quemadura de mi chaqueta; pero lo ocurrido en las Ventas el pasado domingo tiene alguna importancia, aunque la señora Empresa no lo crea.

BARICO



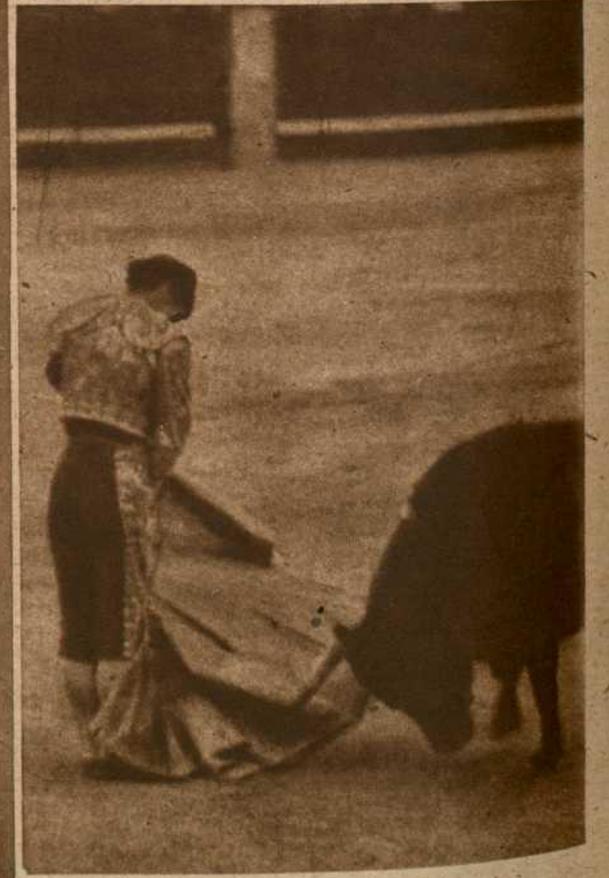
Rangel en un par a su primero



Manuel Vargas en un quite en el tercero



Francisco Esplá banderilleando



Rangel lanceando al cuarto

# Después de la corrida

"Toros viejos, mansos y tuertos", dijo Rangel  
 "De los seis marrajos, a mí los peores", Vargas  
 "Me perjudicó la falta de entrenamiento", Esplá



Vargas ve cómo cae el segundo

## RANGEL

Algunos amigos le hacen compañía en la hora de las meditativas consideraciones. El mejicano, ni tan optimista como para no desconocer su actuación, ni tan preocupado ni abatido como para recibir lacrimosos consuelos al verme dispuesto a recoger sus palabras, habló poco más o menos de la forma siguiente:

—Admiro y respeto la opinión de todos y de cada uno de cuantos presenciaron la corrida; pero esta vez tengo que discrepar con el parecer de la mayoría, dispuesta de antemano a divertirse soslayando los imponderables que en el transcurso de la lidia puedan presentarse.

Una pausa, para que la petaca del torero vaya de mano en mano y para que Manzano coloque unos chistes bastante retorcidos, y de nuevo Rangel enhebra su comentario.

—Yo discrepo de cuantos entendieron ver en el ganado lidiado el menor átomo de lucimiento.

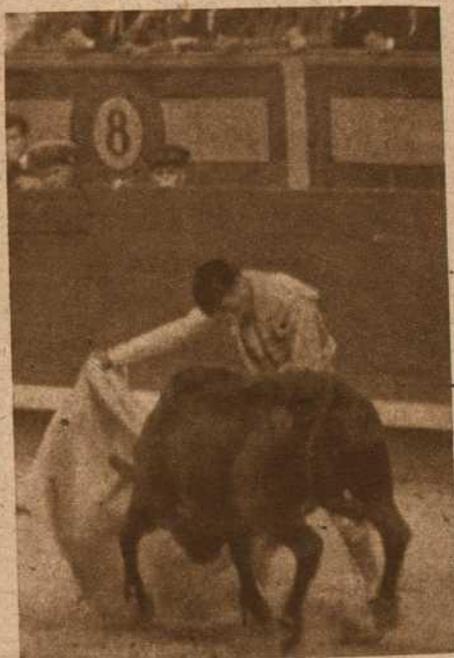
Por mi parte, me permito aducir: —Pero usted convendrá conmigo en que los todos los toros tienen su lidia.

—Muy cierto. Pero lo malo es que muchos que se las dan de aficionados no están atentos a las evoluciones y características de los toros y caen —como ocurrió hoy— en la caprichosa manía de exigir a los toreros actúen a base de ligar el natural haciendo el poste y componiendo la figura.

—¿Qué otra pelea cabía haber hecho esta tarde?

—Hoy no había otra lidia en la Plaza que la que cabe hacer a unos toros viejos, mansos y tuertos. Prepararlos de la forma más decorosa posible para la muerte. Esta clase de bichos sólo es apta para andarles por la cara, por eso la corrida sólo tuvo facilidades para los banderilleros. Ahora, de esto a pretender hacerlos pasar por la faja, era desear que alguno de los matadores hubieran ido a parar a la enfermería sin pena ni gloria.

Al tiempo de acompañarme Rangel



El jerezano Vargas lanceando al quinto

hasta la puerta de su alojamiento fué desgranando su última argumentación:

—Para torear lucido a los toros precisase que su acometida sea franca y recta, sin cabeceos ni oscilaciones, como las de los mansos de esta tarde.

## VARGAS

—Tanto tiempo —dice el cañi no muy preocupado, por cierto— esperandó el instante de mi presentación para que el torilero haga conmigo semejante faena...

—¿Tiene usted con él algún viejo resentimiento?

—Ni por asomos. ¡Pero mire que es mala uva la de soltarme los dos marrajos de la tardo! Bueno; la verdad es que lo de marrajos se lo podemos decir a los seis sin que se puedan ofender los pobrecitos difuntos; pero a mí los mitos me parecieron los peores.

—Ese es viejo achaque entre los de su oficio.

—Acaso tenga usted razón. De mí sé decir que mis ausias de verónicas, de chicuelinas, de revoleras, de naturales, manoleínas y de toda la gama del repertorio se tuvieron que quedar inéditas. Porque lo que yo pensaba ante aquellos mulos, ¡que por intentar con estos buyes un lucido pase de pecho pueda palmar sin gracia ninguna y se acabé para mí la fiesta!

## ESPLÁ

Mucha gente en el cuarto, que por su característico acento denuncian pronto su levantina procedencia.

No se queja el debutante del público; antes bien, cree estuvo benévolo y tolerante. Supone sea la causa de no haber rayado a mayor altura el que hoy salió a torear después de dos meses de inactividad, paréntesis producido por una intervención quirúrgica.

F. MENDO



Un quite por faroles de Francisco Esplá

# Banderillas de fuego

Por ALFREDO MARQUERIE

Los claros de los tendidos escasos de público son como mordeduras en una tarta.

\*\*\*



Antonio Rangel

Rangel parece haber recargado su barroco traje de luces con todo el oro mejicano. Y cuando el traje se le rompe sentimos la sensación de hallarnos ante un retablo agrietado. Pero sólo del traje podemos hablar.

\*\*\*

Vargas pasa la tarde mirando la colocación de los picadores. Un capotazo, y a ver dónde está el caballo. Otro capotazo, y lo mismo. ¡Qué novillero tan monótono!

\*\*\*

Un picador rasga el lomo de un novillo y alguien le grita: «Eso es la desintegración atómica!»

\*\*\*



Manolo Vargas

La clásica novillada canicular; al caer muertos los «toros púrvulos» chascan rotas las banderillas como ramajes secos.

\*\*\*

La divisa tiene algo de alegre flor brotada en el negro macizo del morrillo.

\*\*\*

Esplá quiso inventar una variante de la «navarra» que consistía en bailar el vals con el capote convertido en caballito del tiovivo.

\*\*\*

En el último novillo Esplá levantaba mucho los brazos para citar al bicho desde muy lejos. El público del tendido le parodiaba. Esplá era un somáforo humano y la Plaza entera se convertía jocosamente en ejercicio de telégrafo de banderas.

\*\*\*

Volaban los silbidos como pájaros invisibles

\*\*\*

Cuando los picadores dan la vuelta al ruedo y las palmadas subrayan una buena puya, los aplausos del público se ponen también al trote.

\*\*\*

Siempre hay un monosabio salvador que se agarra al rabo del toro y evita la cogida. Los hombres de la blusa encarnada y el pantalón azul son los contrapesos de las cornadas.



Francisco Esplá

## EFEMERIDES

# DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

AGOSTO

22

MIERCOLES

**Q**UINTITO, el señor Joaquín —como la célebre alborada—, era música fina. Nació el 22 de agosto de 1871, y leyendo los mamotretos taurinos del señor Riestra he sabido que ejerció la arriesgada profesión de torero alrededor de veintiséis años. Sabía de toros más que Pepe Luis, y, aunque las comparaciones son odiosas, puso especial cuidado en que los toros no le estropearan el físico. Ni una sola vez se descuidó, y así, en su dilatada vida profesional, sólo tuvo luxaciones, contusiones, distensiones... ¡Como un futbolista vulgar! Al contrario que Rafaelillo, al que veíamos sonreír hace ocho días en el ruedo de las Ventas, a la par que miraba, encogiéndose de hombros, a los morlacos "que para su lucimiento" le ofrecían la Empresa de la Plaza. ¡Ay! —pensábamos— si Manolete y Arruza hubieran tenido y tuviesen que despachar el ganado que siempre ha lidiado y matado el simpático, intel-

gente, gran torero... y ¡menudo! Rafaelillo, ¿qué hubieran escrito y qué escribirían en sus críticas mis compañeros de pluma? ¡Bravo por Rafaelillo, antítesis de aquel Quinito! Mejor suerte merece y me parece justo ponerlo de relieve.

Y ahora, aunque el Tío Mariano vuelva a llamarme "Juan Simón", vamos allá con la muerte del banderillero Mateo López Vázquez, un tiempo llamado Chirimba, acaecida en Vitria el 23 de agosto de 1867. Tan buen rehiletero y tan simpático como Posadero (para que éste escarmiente en cabeza ajena), Mateo, diecinueve días antes de la fecha de su muerte, un toro colorado, ojalá de perdiz, le volteó, tirándole al suelo y corneándole al intentar ponerse de pie. En el hospital llegó a estar fuera de peligro. Pero comió excesivamente, "para reponerse pronto", y, con fiebre y delirio, se arrancó los vendajes, yéndose para el otro barrio, donde ojalá nos espere muchos años. Parece ser que Quinito —como Mario Cabré— conocía el caso del tal López.

¿Qué tal vivió ochenta y tres años?... Nicolás Baro, también banderillero, de Cúchares, nació el 24 de agosto de 1822 y murió el 18 de febrero de 1905. Vistió el traje de luces más de treinta años, y aunque ganó más pases que Magritas, al volcar la calesa en que una vez viajaba, se fracturó un brazo, quedando inútil para el toreo. Por gracioso, de él se cuentan infinitas de anécdotas: Haciéndose el distraído, una vez se llevó a la Plaza de Toros, en que tenía que torar, el reloj y la cadena de oro. Total, casi medio kilo. Al ir a hacer el paseillo, simuló caer en la cuenta y entregó al mozo de estocadas de Desperdicios, su matador, el extraplano. Luego avisó a un guardia, y el mozo de estocadas se pasó la corrida en la cárcel..., hasta que se puso el hecho en claro. ¿Gracioso? ¡Bueno!

Curro Cúchares, aquel que en un brindis a Napoleón III dijo: "Brindo por *vú*, por la mujer de *vú* y por todos los *visitos* que tengais", fue, además de maestro, definidor de una época, hombre de pelo en pecho y de recursos. En una ocasión, el toro Capitán, del Marqués de la Conquista, se negó a dejarse encerrar, presumiéndose que intentaban hacerle una faena. En consecuencia, hubo de anunciarse la corrida con sólo cinco toros. Enterado Cúchares, se fue a la dehesa y, con una manta —no sé valiéndose de qué medios—, derribó al toro. Luego, ayudado por los vaqueros, le ató, le cargó sobre un carro y se lo llevó a los toriles de Almendraejo. Capitán, al día siguiente, tomó quince varas y mató siete caballos. Lo demás si interesa, pero no tengo espacio en esta sección de EL RUEDO. Sólo añadiré que Curro Cúchares tal hizo el 25 de agosto de 1858.

En estos tiempos, en que se pide la oreja por la forma de banderillar, al evocar la fecha del 26 de agosto de 1861, tengo que acordarme de Gordito, inventor del quiebro y banderillero a quien se anunció en los cartelitos con mayores letras que a los diestros con quienes alternaba. En cinco corridas de aquel mismo año, armó Antonio Carmona tal estrépito al poner banderillas, que el 26 de agosto, el mayor de los Panaderos le cedió el quinto toro de la tarde, tomando así la alternativa. Se llamaba Gitano; era berrendo, en colorado, y pertenecía a la ganadería de don Fructuoso Flores. Gordito banderilleó al quiebro, en silla, al cuarteo y al sesgo. Pero pinchó, más que con las banderillas, con el estoque. Así y todo, por cuanto hizo con los rihletes, "fue estrepitosamente aplaudido". ¿Qué de particular tiene que para Arruza, ahora, se pida la oreja por este hecho?

Según me informó el gran escritor taurino Recortes, Bonarillo, padre —que tomó la alternativa en Madrid el 27 de agosto de 1891—, vive establecido actualmente en Lima. ¡Yo me alegro! Y como no me duelen prendas, aquí consigno mi propio error, contrito y penitente.

Más grave fue, a mi juicio, que el 28 de agosto de 1888 un cronista aragonés escribiera: "La corrida de ayer, como todas las de Tarazona, transcurrió sin pena ni gloria". Y no pasó más... sino que el toro Azafranero cogió al Espartero, hirió a Lolo, metió en el callejón a toda la cuadrilla, asustada, y el festejo tuvo que suspenderse, como la guerra, por aquella bomba atómica. Pues bien; yo disculpo a mi colega. Piensa que tal vez pudo casarse aquel día. O que pudo, así mismo, morirle alguien de la familia...

Si a mí se me tapó el error con Bonarillo, ¿por qué no he de arropar a quien tal escribiera?

AGOSTO

28

MARTES

## La corrida del 15 en Madrid

Cuatro toros de Hidalgo Hermanos y cuatro de Garrido para Rafaelillo, Cabré y los mejicanos Blando y El Espartero, que confirmaron la alternativa



Los matadores Rafaelillo, Mario Cabré y Blando y El Espartero, estos últimos mejicanos, y que confirmaron su alternativa en la Plaza de Madrid el miércoles 15 de agosto



Blando recibe los trastos de manos de Rafaelillo en la confirmación



Mario Cabré confirma a El Espartero su doctorado



El Espartero sufre en el suelo la embestida del bicho, sin que felizmente se produjeran consecuencias dolorosas (Fotos Baldomero)



Madrileños en el festival de Miraflores. Entre otros, Imperio Argentina, su hermana, Gabriela Ortega, la esposa de Pepe Nieto, Armando Calvo, Faustino Bretaña y Pepe Nieto

**E**l domingo fueron muchos madrileños a Miraflores de la Sierra. Muchos artistas y muchos aficionados, que prefirieron ver un festival en aquel pueblo serrano a presenciar la poco atrayente novillada que se anunciaba en la Monumental. En un coche, conducido por Armando Calvo, salieron para Miraflores Pepe Nieto, su señora y Asunción, hermana de Imperio Argentina. En otro, que guiaba Rafael Ortega, Imperio Argentina, una amiga de ésta, Gabriela Ortega, hermana de Rafael y de José, y Cristóbal Becerra.

Se iban a lidiar tres novillos de la ganadería del señor González de Miraflores de la Sierra, y nadie creía que allí pudiera ocurrir nada importante en ningún terreno. Era, en definitiva —se pensaba—, una tarde pasada agradablemente en un pueblito simpático.

Y a torear fueron los hermanos Gallito, con Félix Colomo. No se daba importancia alguna al ganado, y Jesús Tordesillas decidió tomar parte en el festejo taurino como pión.

Nada notable ocurrió en el primer bicho. Colomo toreó y mató bien, y cuando se iba a dar suelta al segundo novillo, que había de torear Rafael Ortega, los encargados de los chiqueros se equivocaron y salió a la plaza el que debía correrse en tercer lugar. José Ortega tomó su papel muy en serio y decidió correr el turno y torear él el novillo que le había correspondido. José veroniqueó muy bien, tan bien, que los espectadores le ovacionaron y hubo de saludar gorrilla en mano. Era bravo el novillo, y por ello, Rafael y José decidieron banderillearlo. Un par de Rafael; los dos hermanos corren al novillo y juguetean con él; otro par de José; nuevos adornos de los dos hermanos; un tercer par de Rafael, y la ovación, la ovación que animó al más pequeño de los hermanos Gallito a pedir permiso para colocar otro par. José salió comprometiéndose del trance y tuvo necesidad de refugiarse en una talanquera. Al volver la cara hacia el novillo, éste le pinchó y mató.



Rafael Ortega banderilleando al novillo que hirió gravemente a su hermano

# Novillada en Miraflores de la Sierra

## Grave cogida de GALLITO CHICO



Rafael Ortega, José Ortega y Félix Colomo antes de hacer el paseo



José Ortega, Jesús Tordesillas, Rafael Ortega y Cristóbal Becerra poco antes de dirigirse a la Plaza (Fotos Baldomero)

rialmente le clavó en las tablas. Nadie creía que aquello pudiera tener importancia. Le llevaron a una habitación del Ayuntamiento, y allí el doctor Merlo procedió a taponarle la herida. La cogida había sido grave, gravísima. Inmediatamente se decidió trasladar al herido a Madrid.

Armando Calvo al volante del coche en el que José Ortega era conducido hacia el Sanatorio de Toreros. Con el herido, la hermana de Imperio Argentina y Becerra. Al lado del conductor, Rafael Ortega. Detrás, otro coche, que conducía Pepe Nieto, y en el que iban su esposa, Imperio Argentina, una amiga de ésta, Gabriela Ortega y Jesús Tordesillas.

Al llegar a Colmenar fué necesario parar los coches y dar un descanso al herido, que había sufrido vómitos y un desvanecimiento. Después, todo lo rápidamente que fué posible, se dirigieron a Madrid.

A las nueve de la noche, Gallito Chico era examinado en el Sanatorio de Toreros por los doctores don Máximo García de la Torre y don Enrique Castillo. Una rápida consulta. Había dos peligros. Fué salvado el de muerte inminente y se procedió a la ligadura de la arteria femoral. La operación era arriesgada. Los médicos habían apreciado una gran contusión en la femoral y vieron cómo los coágulos de sangre evitaban el riego de la pierna derecha. Redactaron este parte facultativo:

“En el día de la fecha, y a las nueve horas de la tarde, ha ingresado en este Sanatorio, procedente de Miraflores de la Sierra, el novillero José Ortega, Gallito Chico, con herida por asta de toro en el triángulo de scarpa del lado derecho, que interesa piel, tejido celular subcutáneo.

Gallito Chico se quejaba de su mala suerte, demostrada en el cambio de novillo en los chiqueros, y en su obstinación en poner el cuarto par.

La primera noche, Gallito Chico la pasó relativamente tranquilo. Al día siguiente aumentaron los dolores y aumentó también la esperanza. Comenzaba a haber riego sanguíneo en la pierna derecha. Durante todo el día del martes la mejoría fué en aumento.

Todo hay que esperar de la fuerte constitución de José Ortega, de su juventud, de la pericia de los médicos que le asisten y de las plegarias que Gabriela y aquí las otras mujeres que presenciaron la corrida elevarán a lo alto para que Gallito Chico vuelva a los ruedos con nuevos bríos y renovada afición.

B. B.



José Ortega fotografiado el pasado martes en el Sanatorio de Toreros



Rafael Ortega no se separa de la cabecera de la cama del herido



# ANTOÑITO BIENVENIDA

A FELIPE SASSONE

El toro dijo a la gente:  
—¿Quién es ese tan valiente  
que a mí no me tiene miedo?  
La gente contesta al toro  
con el ole más sonoro,  
tirando rosas al ruedo.

—¿Quién eres tú, di, quién eres  
que por allá donde vas,  
si te adoran las mujeres,  
los hombres te aplauden más?...

—Yo soy Antonio Mejías,  
Bienvenida de abolengo;  
doy al toro cuanto tengo:  
mi valor, mis alegrías,  
y majestad y salero,  
y templanza y fortaleza...  
Niño torero que empieza,  
siendo ya un hombre torero.  
Caracas me vió nacer,  
Cádiz me vió navegar,  
Sevilla me vió crecer,  
¡toda España, torear!

“Quisiera ser tan alto  
como la luna,  
¡ay!, ¡ay!,  
como la luna,  
para ver las corridas  
de Cataluña.”

Un coro alegre de niños  
su canto entona...  
“¡Vamos a ver los toros  
de Barcelona!”

¡Ay, Bienvenida tercero,  
venezolano y torero!  
Con tu capotillo mandas  
mucho y más y como quieres,  
alegando en las barandas  
la risa de las mujeres.  
Rojas, las seis banderillas  
jalean sangre de toro  
por ti, que de verde y oro  
se lo das a las mulillas.  
Y la muleta plegada  
—muleta del tiempo viejo,  
la muleta de la escuela  
del rey don Fernando el séptimo—,

Por RAFAEL DUYOS

citas al toro, y el toro  
te mira, como diciendo:  
“No me puedes engañar,  
Antonio, que te estoy viendo...”

¡Qué silencio en la Plaza!  
Nadie respira...  
Cairel y grito: “¡Toro,  
eh, toro, mira...!”

Y en el testuz,  
la rosa del asombro  
prende su luz.

¡Visto y no visto!  
Cuando el toro se arranca,  
tú eres más listo.  
Como bandera,  
la muleta renace  
por la cadera.

Ave con ala escondida  
es tu muleta plegada,  
cuando vuela estremecida  
la expectación por la grada.

Plazas enteras,  
con amantes miradas  
por las barreras.

La viuda Concha y Sierra,  
si lo lograra,  
por verte toreado  
resucitara.

¡Ay, muleta plegada  
citando al toro;  
molinete, estocada,  
palmas a coro!

¡Ay playa de Caracas,  
ay patio moro,  
Plaza de Barcelona,  
Torre del Oro!...

España y el mundo entero,  
abanico son y aplauso  
por Bienvenida tercero...

¿Quién eres tú, di, quién eres  
que por allá donde vas,  
si te adoran las mujeres,  
los hombres te aplauden más?...

¿Y esa muleta plegada?  
¿No ha visto usted la corrida?  
¿Que quién es? Pues ¿quién va a ser?  
¡Antoñito Bienvenida!

San Antonio (Valencia), verano de 1944.



# UN VOLAPIE EN TABLAS

Por A. DIAZ CAÑABETE



**H**UNCA ha estado tan contento con su fiesta el público de toros. En cada corrida llena de orejas, rabos y patas a los matadores. No importa que los toritos no lleguen a pesar doscientos kilos, que no tomen más que una vara y que se caigan a cada paso. La gente aplaude, chillá, alborota, se divierte, saca sus pañuelos y están conformes en que como hoy se torea no se ha toreado nunca. Mil enhorabuena. Así da gusto ser torero. El otro día me contaba un apoderado que está a punto de enloquecer porque una señora, dueña de un acreditado comercio, le persigue y le acosa, no con fines amorosos, sino

con miras taurinas. Esta señora tiene un hijo. Dieciocho años cuenta el pollo. Y su madre está empeñada en que sea torero, y su chaval a lo que aspira es a ingresar en Correos, porque le tira bastante la Geografía Postal. Pero la madre no cede. Su hijo tiene que ser torero.

Esta historia, rigurosamente auténtica, es muy representativa. Esta señora tiene toda la razón. ¿Dónde va a encontrar su hijo un porvenir tan seguro como en los toros? Antes esa señora se hubiera desesperado si a su retoño le da la ventolera por ser torero. Antes la torería era una profesión muy peligrosa. Antes los toros daban cornadas. Hoy también, pero escasísimas, en relación con las corridas que se celebran, y, por tanto, el ser torero no entraña mayor riesgo que ser viajero de automóvil, vehículos que dan su volquetazo de vez en cuando. Antes los toreros tenían que luchar con toros hechos y bien alimentados, y a más, con el público. El público de los toros era mucho más ceñido y remiso al aplauso que el de hoy. Para lograr una oreja, la faena tenía que ser toda una señora faena, coronada por una estocada.

A esto voy, a la estocada. La estocada ha perdido toda su importancia. Sin embargo, de tarde en tarde, vemos un toro bien muerto por una estocada en la suerte natural. Lo que casi ha desaparecido por completo es la ejecución de un volapié en las tablas. Nada más bello y emocionante. Había toros que, por su querencia o por su mansedumbre, no salían de las tablas. Allí había que lidiarlos y allí había que matarlos. El volapié en tablas, es decir, cuando el toro tiene el cuarto trasero apoyado en la barrera y no al hilo de las tablas, que es cuando el animal tiene pegado el costado izquierdo a los tableros, es seguramente una de las suertes más comprometidas y arriesgadas del toreo. Se necesita mucho valor para arrancar a matar ahí, seguridad en el corazón y en las piernas.

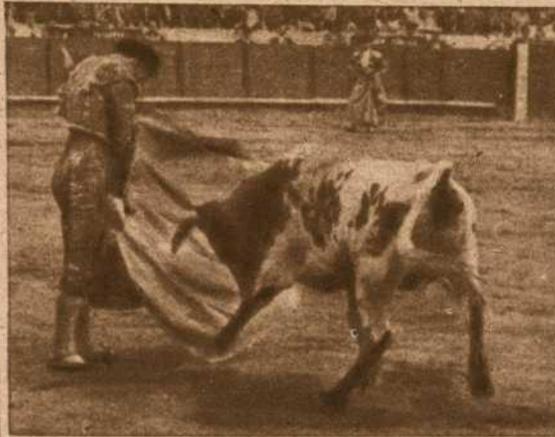
¡Ay, amigos míos, aficionados de ahora, yo os aseguro que si vierais alguna tarde que otra ejecutar un volapié en tablas, no volveríais a aplaudir el adorno del teléfono, ni el de mirar al tendido; os ganaría tanto la emoción y la hombría que el torero tiene que echar al irse hacia el toro, que le espera con todas las ventajas de su parte, que os sobrecogería los latidos del pulso y no podríais aplaudir inmediatamente, sino cuando ya calmados vuestros nervios y el toro desplomado, con las cuatro patas por alto, pudiérais hacerlo con el frenesí que produce lo extraordinario.

Los estocadistas ya no existen. Antes eran legión. Un buen matador ya podía ser deficiente torero, que la gente se lo toleraba, porque le esperaban en el momento de liar la muleta. Entonces se hacía un silencio en la Plaza, los estocadistas contenían la respiración, y cuando el matador arrancaba recto, seguro, valeroso, la vista fija en el morrillo, sus partidarios lanzaban la respiración contenida, como ayudándole en el empuje, en la decisión, en el coraje, y en la Plaza resonaba una especie de rugido, un rugido que, indudablemente, contribuía en mucho a que la espada penetrara centímetro a centímetro en la mole carnosa de los toros de entonces. Cuando el acero chocaba con el hueso del toro — que también los toros con arrobos tenían sus huesecitos —, todos los estocadistas se tiraban hacia atrás, como otros tantos estoques repelidos por el hueso del toro, al que maldecían con toda la fuerza de su chasqueado entusiasmo. Pero ya no hay estocadistas; ahora existen telefonistas. Brindo estas líneas, añorantes, al maestro Domingo Ortega, en pago agradecido, emocionado y entusiasta de un perfecto volapié en tablas propinado por él en la Plaza de Toros de Toledo el 8 de julio de este año de 1945. Volapié en tablas que me rejuveneció y me enardeció. ¡Cuándo lo volveremos a ver! En tanto, gracias, Domingo Ortega.



# CARTEL DE BARCELONA

## Rafael Martín Vázquez, Toscano y Fauró



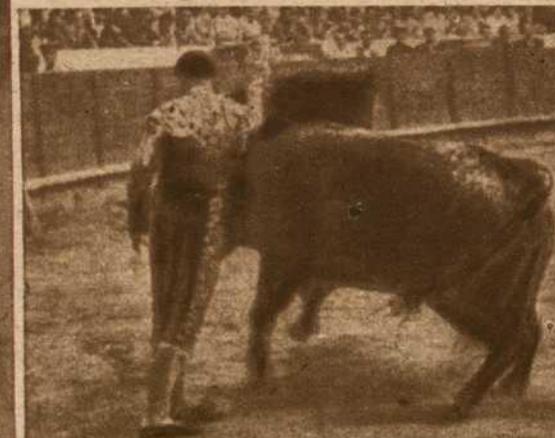
Rafael Martín Vázquez toreado por verónicas



Martín Vázquez sufrió una aparatosa cogida, de la que salió ileso



Toscano en un quite en el segundo novillo



Fauró en la faena al sexto, que era un novillo de gran tamaño

BARCELONA, 19. (Crónica de nuestro redactor Subirán.) — Continuamos a régimen de novilladas en plena temporada. La afición se lo ha tomado resignadamente y sigue llenando o poco menos nuestros cosos.

El cartel de hoy estaba bien apañado, dentro de su modestia; pero a punto de empezar nos encontramos con un aviso mediante el cual supimos que los toros de la anunciada ganadería no habían llegado y serían lidiados seis de distintas divisas.

Como se puede ver, el preámbulo nada bueno anunciaba y el presentimiento confirmóse plenamente. Por los chiqueros fueron saliendo por riguroso turno cornúpetas que lucían las divisas de Castellote, Sánchez Fabrè, A. L. Sánchez, Marcelino Rodríguez, Benito Martín y Viuda de Cruz.

Resultó dispar la ensalada de divisas en cuanto a presentación. Los tres primeros fueron becerros adelantados, y los restantes con abundante carne y leña en el testuz. La calidad dejó mucho que desear, y excepto el último, un señor toro, suave, noble y bravo, acusaron mal estilo y la clásica media embestida.

Rafael Martín Vázquez, que reaparecía, venía con ganas; pero no tuvo lo propicio, sin ser el peor. Fuera de algunos lances y algún mulatazo, no hizo nada extraordinario. Como estuvo breve con el acero, se le aplaudió en los dos.

Al mejicano Toscano le tocó lo peor de la tarde. Como aquí triunfó con anterioridad, se le exige, y por eso, al no poder hacer nada, absolutamente nada, el público se disgustó y le pitó fuerte, a pesar de quitarse de encima a sus dos mocos con prontitud y decoro.

Fauró se estrelló en su primero, escuchando pruebas de desagrado, y en su segundo, un toro propicio para armar el escándalo, pero demasiado toro para él, no lo aprovechó. Le hizo una faena rutinera y lo liquidó con prontitud, pero sin pena ni gloria.

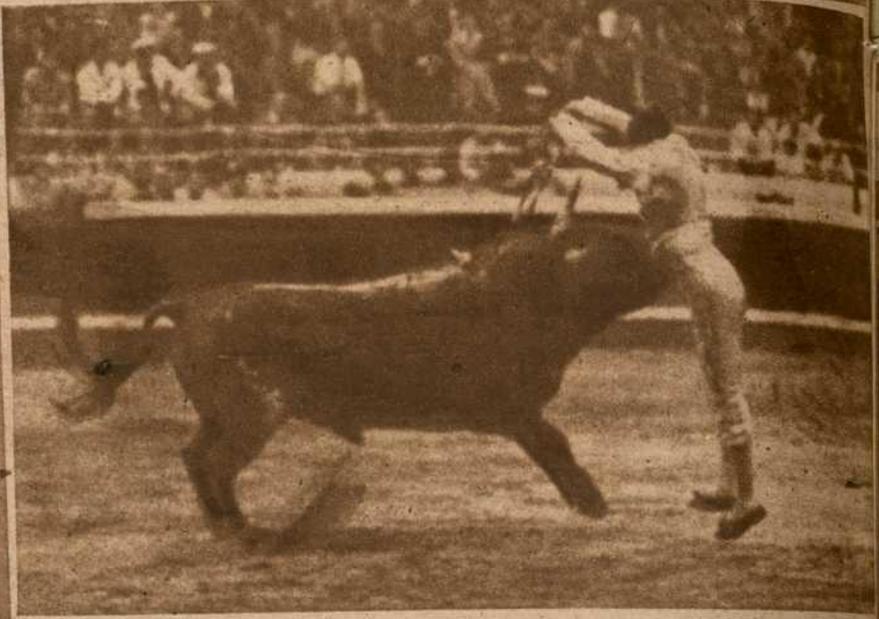
Se anuncia otra novillada extraordinaria para el jueves y un mano a mano Manolite-Arruza para el próximo día 30. ¿Será verdad tanta belleza?

# 1.ª Corrida

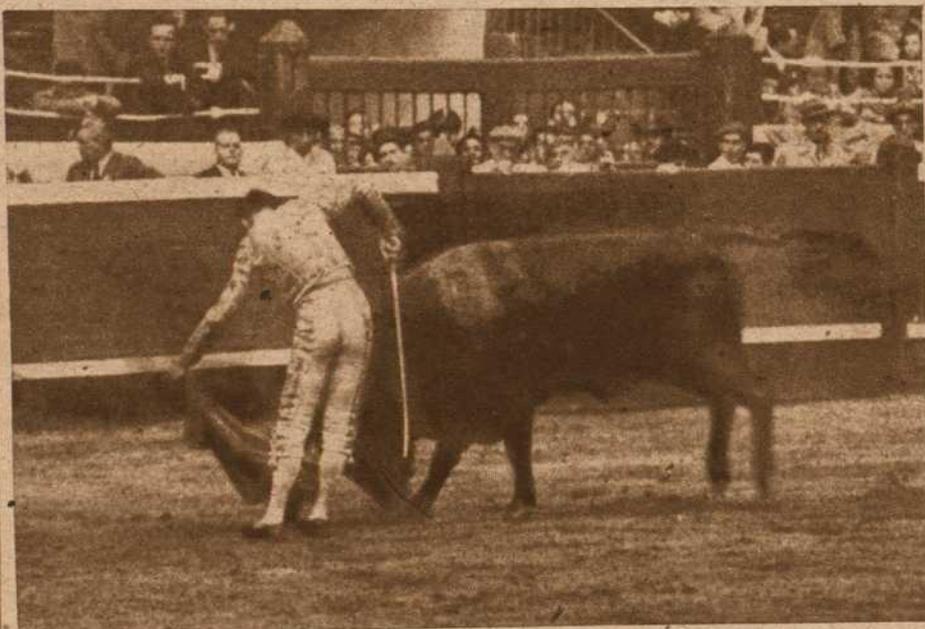
# LAS DE FERIA



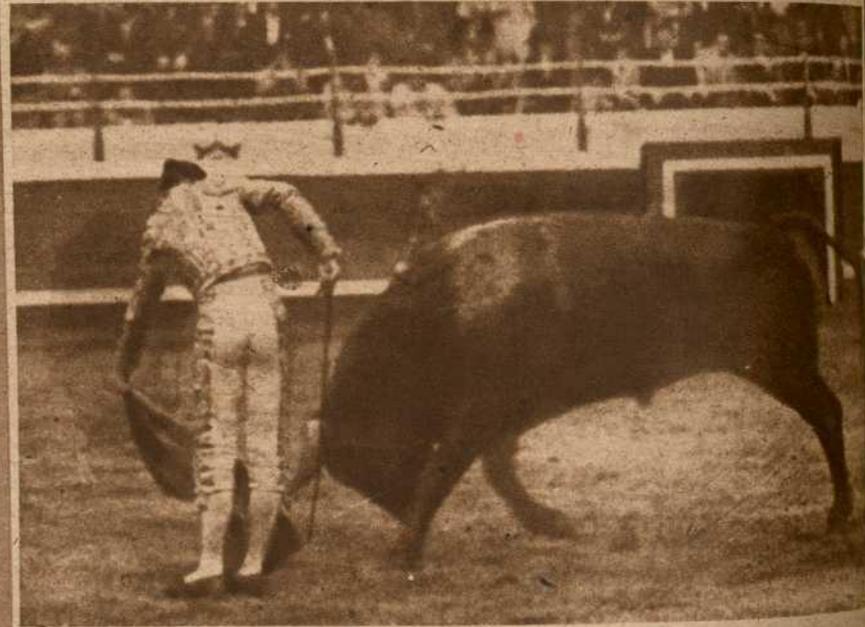
Armillita en un buen derechazo a su primer toro



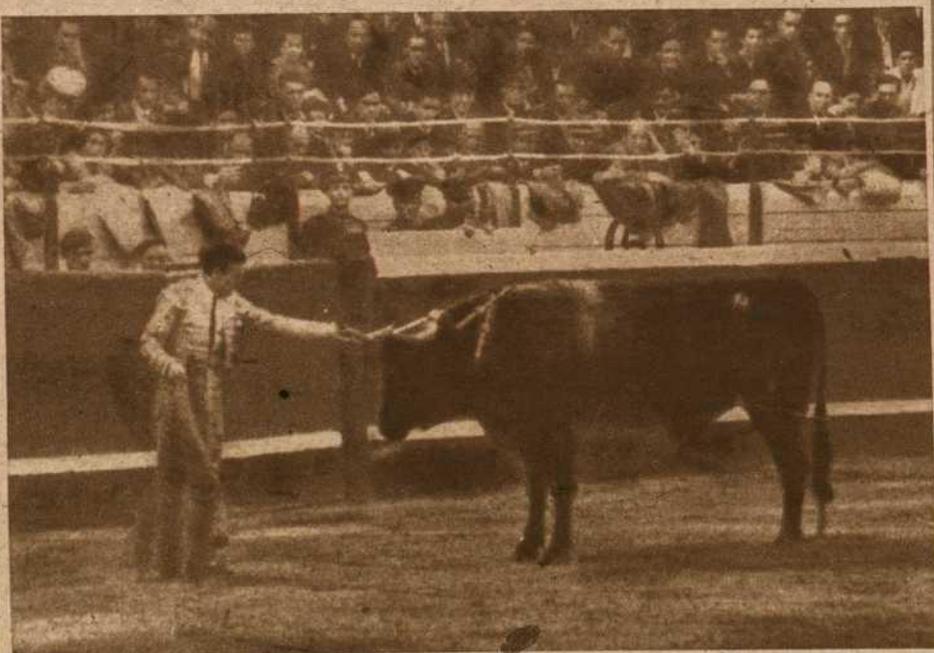
Fermín Espinosa clavando un magnífico par de banderillas



Jaime Marco torcando al natural en la primera de feria



Otro magnífico natural de El Choni en la misma corrida



Un adorno del sevillano Pepe Luis Vázquez en la primera de feria, en la que no logró el éxito que los bilbaínos esperaban



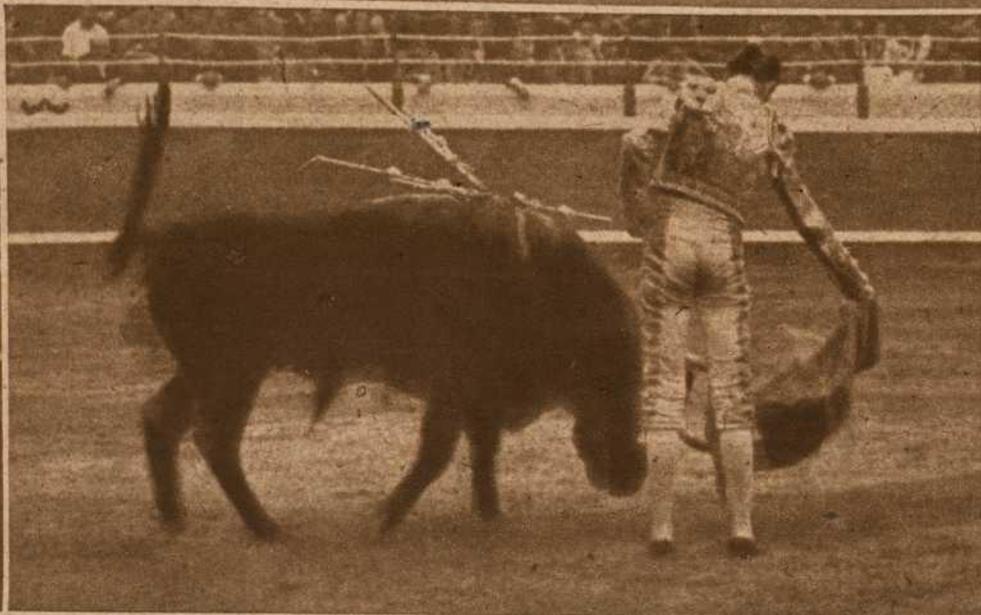
Pepe Luis Vázquez en un buen muletazo con la derecha al primer toro que mató en las corridas de este año en Bilbao

# DE BILBAO

## 2.<sup>a</sup> Corrida



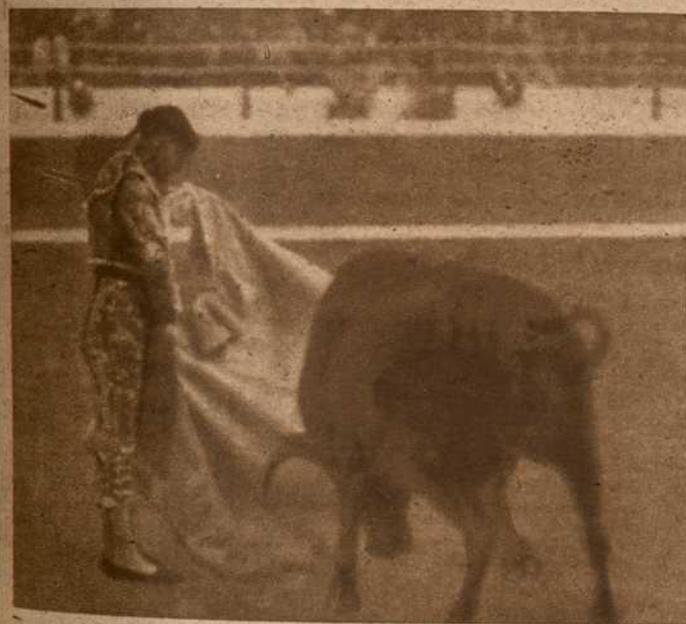
Parrita en un natural en la segunda de feria



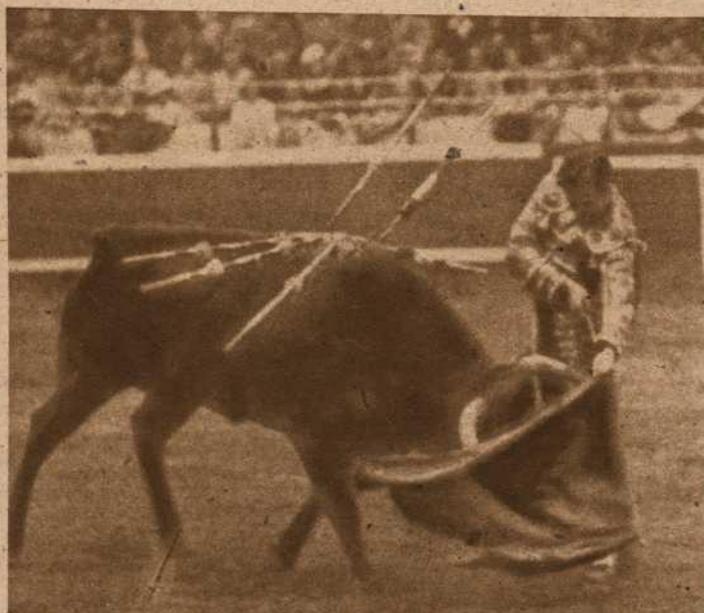
Parrita en un buen derechazo a su primer toro



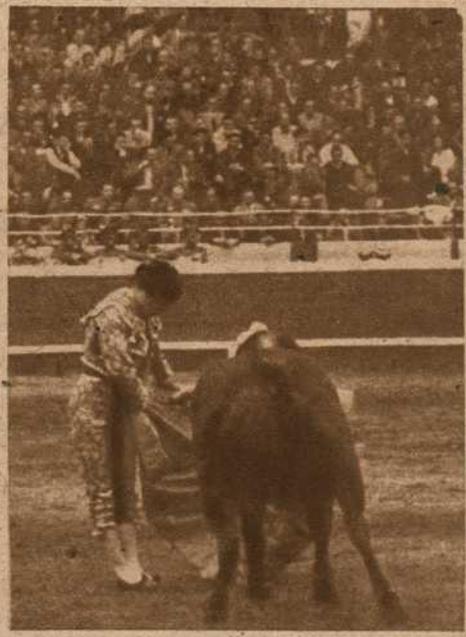
Cañitas muestra las dos orejas que le fueron concedidas



Pepe Luis Vázquez lanceando con su inimitable y magistral estilo a su primer toro de la segunda corrida



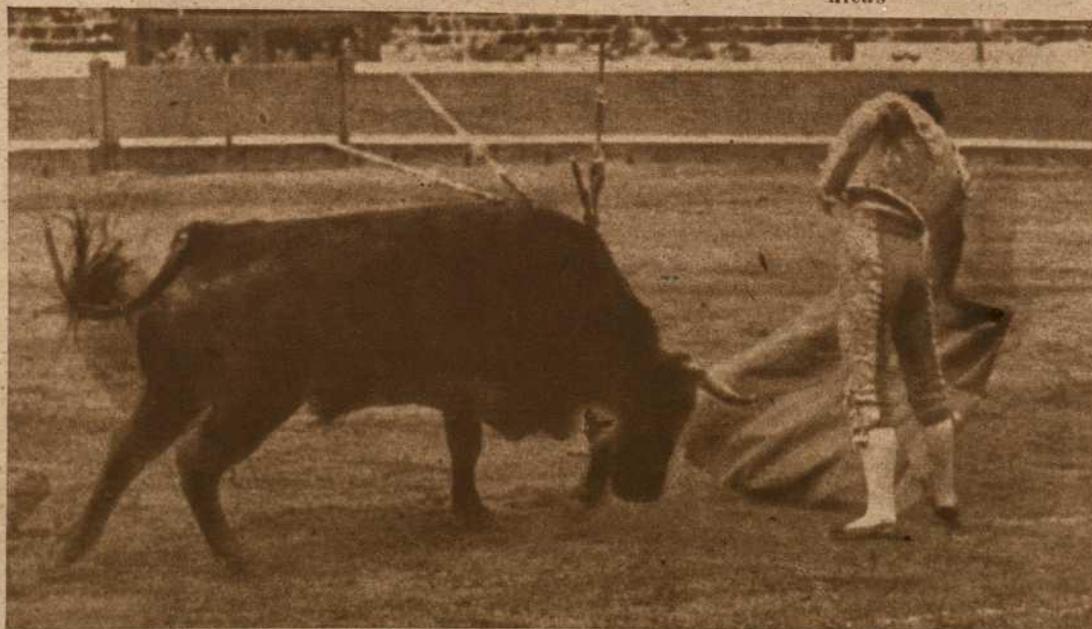
Pepe Luis tira del toro en un natural todo finura, gracia y sapiencia tauquina



Pepe Luis Vázquez, muy torero y a pocos centímetros de los pitones, inicia una de sus maravillosas medias verónicas



El valiente torero mejicano Cañitas en un soberbio muletazo por alto a su primer toro de la segunda de feria.



Cañitas muleteando con temple a su segundo toro, en el que, como en todos los que ha torreado en Bilbao, alcanzó un gran triunfo (Fotos Mari)

CONTINUACION DEL CAPITULO VIII

Y luego, cuando repitió la faena, mi porfía gritó asustada:

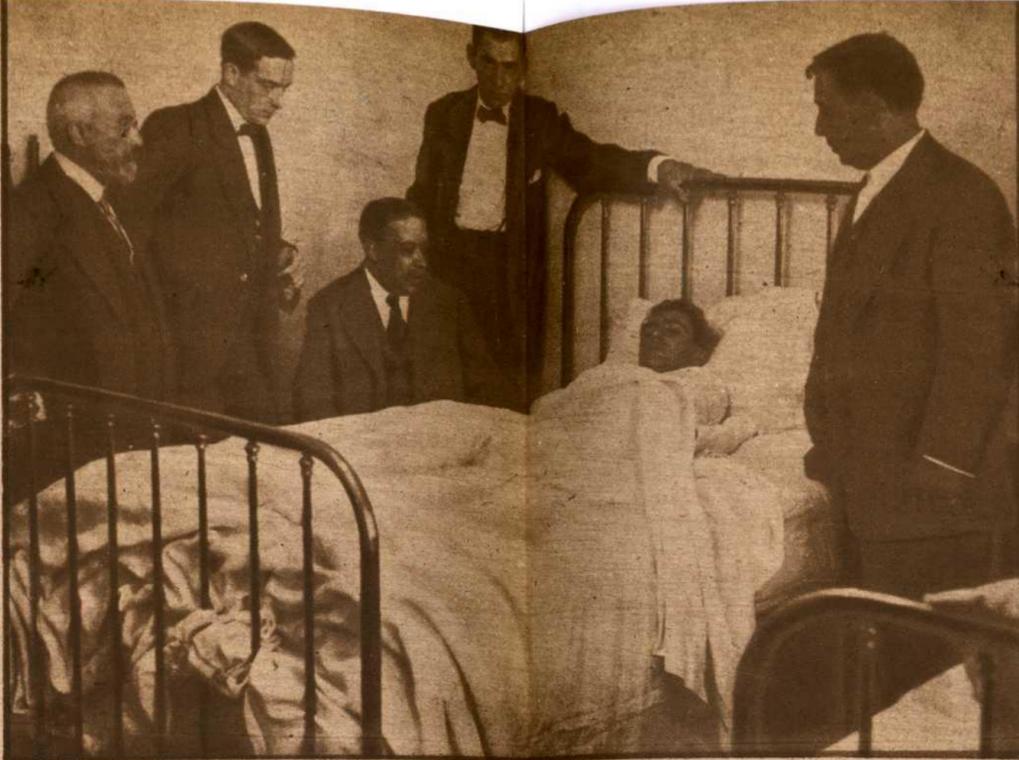
—¡Así no se puede torear!  
Sin embargo, Belmonte podía. ¿Cómo? ¿Por qué?

Cuando el clarín sonó para que matara el primer toro, abrigué la esperanza cruel —crueldad de aficionado orgulloso de lo que sabía, crueldad de espectador de plaza de toros— de que una desgracia para el imposible torero iba a darme la razón. Cada uno de sus pasos torpes, llevando arrastras la muleta en la mano izquierda, cogida por en medio del palo, me iba afirmando en mi idea: Belmonte se acercaba, se acercaba, y se detenía de pronto. Arrancó la fiera. ¡Ahora lo coge! —me dije—; pero el toro pasó sin derribarle, y tornó a pasar dos veces más, obedeciendo a una leve ondulación del trapo, que se abría como un abanico por debajo de la cabeza del bruto. Cada revolución del cuadrúpedo era más cerrada, más ceñida; a cada pase natural —los primeros pases naturales que viera en mi vida!— la distancia entre hombre y fiera se acortaba; hubo un instante en que el lance ya no podía repetirse, y entonces, como por un milagro, el lidiador, que había girado sobre sus talones tres veces, se quedó quieto, estiró el brazo hacia el lado contrario y, haciendo cambiar de ruta a la fiera, se la echó por delante en un largo, largo, larguísimo pase de pecho. Me puse a gritar, vencido de asombro. Pero, ¿cómo era posible aquello? ¡Ah, no, no lo era! Ya estaba el torero en el aire, dando cabriolas, como despedido por su propia muleta, como si lo manteara el propio toro, como el Pelele en el cuadro inmortal del aragonés satánico y divino. Acudieron al quite, quisieron llevarse al caído; pero el pelele trágico forcejeó como un peso, y, sin mirarse la ropa destrozada, volvió a citar al enemigo. Citaba con el cuerpo sin alegrar con la voz, sin flamear la muleta, avanzando sólo la mandíbula en el desafío. Luego empezó otra vez a acercarse lentamente, con un pasito menudo, arrastrando los pies, poquito a poco, tal que quisiera sorprender al bruto y montarse encima de él al descuido, y llegó muy cerca, muy cerca, y se cimbreado, escotzándose, descoyuntándose, casi hasta tocar un pitón con el hueso de la cadera derecha. Toda la quijada parecía escapársele de la cara. Su cabeza, no ya morena, verde, era como una inmensa aceituna sevillana. Era todo él algo raro, bárbaro, sublime y grotesco; era... yo no sé, como una gigantesca rana de oro. Y la faena se enredó en una serie de lances inverosímiles en que Belmonte caía y volvía a levantarse y se ponía tan cerca que al toro le faltaba ya espacio para embestir, y el diestro se arrodillaba, y andaba así, de rodillas, como un mutilado sobre sus muñones, y cogía al toro de los cuernos, y tiraba de él, y le metía la muleta en los hocicos, como si quisiese hacerle beber a la fuerza una pócima repugnante.

Cuando el toro, al fin, herido de muerte, cayó con las cuatro patas al aire, yo rompí a aplaudir con toda la multitud, enardecido, entusiasmado, asombrado, llorando de alegría porque aquel pobre pelele de carne y hueso había salvado la vida. Dejé de ser cruel; dejé de ser aficionado a toros; fui un pobre ser humano, un pobre sentimental, que había visto a su prójimo en peligro de muerte y entonces se aliviaba de su miedo y se henchía de compasión satisfecha. ¡Gracias a Dios! Pero luego, camino del hotel, lejos ya del espectáculo, me puse a reflexionar: ¿Qué había yo aplaudido? ¿Por qué me había yo entusiasmado? ¿Qué clase de emoción había experimentado? ¿Una emoción estética o una emoción sentimental? ¿Era aquello el torero? ¿Era Belmonte un torero? Yo no había aplaudido el dominio porque no lo hubo; allí mandó a veces el torero y muchas veces el toro, que le

me puse a aplaudir porque me parecía que el toro iba a matar al torero, y, por descanso de mis nervios y por consuelo de mi ánimo, me regocijaba cuando ocurría todo lo contrario. Yo había tenido pena por el hombre Belmonte, y tenía alegría por el hombre Belmonte, mi prójimo, mi semejante y mi hermano, sin pensar en que fuese o no torero. La faena para mí había transcurrido en un jay! constante, y no me dió tiempo para una emoción estética e intelectual. Fundamentalmente, en el torero, el toro es la víctima y el

Una curiosa fotografía de otros tiempos. Joselito y Belmonte, en plena época de competencia, se estrechan la mano —grandes amigos siempre— en el pasillo de un hotel donde los dos se hospedaban



Gajes del oficio! Joselito está herido, y el fotógrafo recoge en la plaza este grupo de amigos —incluido Caracol, su mozo de estoques— haciendo compañía al maestro

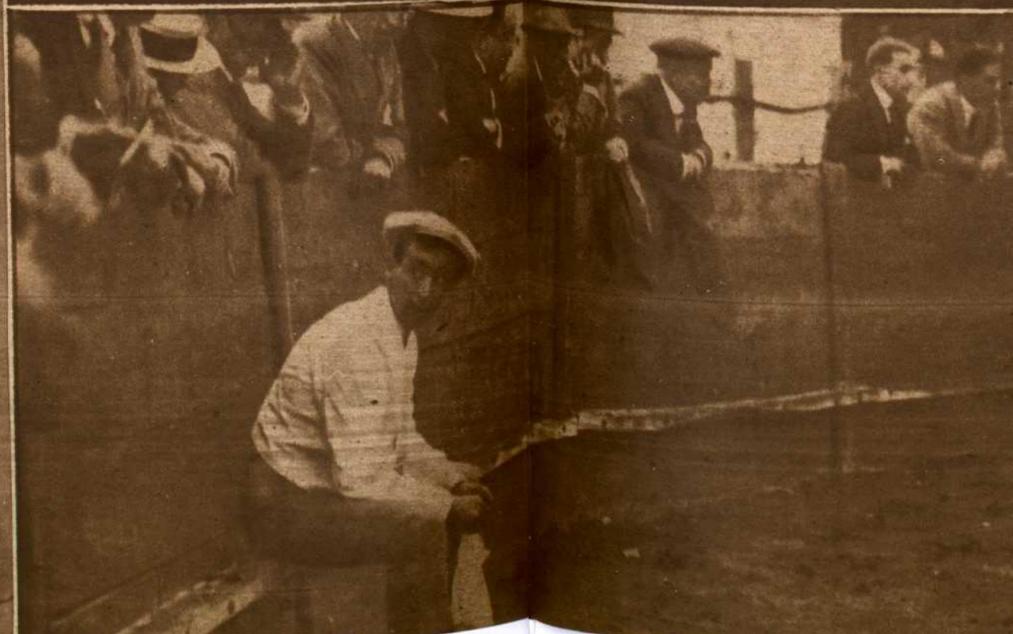
# JOSELITO

## APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA. - Por Felipe Sassone

vencido; yo temblaba porque me parecía que el toro iba a matar al torero, y, por descanso de mis nervios y por consuelo de mi ánimo, me regocijaba cuando ocurría todo lo contrario. Yo había tenido pena por el hombre Belmonte, y tenía alegría por el hombre Belmonte, mi prójimo, mi semejante y mi hermano, sin pensar en que fuese o no torero. La faena para mí había transcurrido en un jay! constante, y no me dió tiempo para una emoción estética e intelectual. Fundamentalmente, en el torero, el toro es la víctima y el

monté, mi prójimo, mi semejante y mi hermano, sin pensar en que fuese o no torero. La faena para mí había transcurrido en un jay! constante, y no me dió tiempo para una emoción estética e intelectual. Fundamentalmente, en el torero, el toro es la víctima y el

En la plaqueta cortijera, después de las faenas camperas, se celebra un festival con honores de corrida. Joselito descanza, en espera de que siga el resto.



hombre el verdugo, y allí pareció todo lo contrario, aunque, por casualidad, pensaba yo, muriera precisamente el verdugo con cuernos. No; el torero no era eso. El torero es en el hombre fuerza, poder, gallardía, seguridad, dominio, mando, y allí Belmonte representaba todo lo opuesto: debilidad, peligro, torpeza, vacilación, heroísmo, sacrificio, peligro y casualidad. ¡No, no me gustaba Belmonte! ¡No me gustaba, y tenía rabia de haber aplaudido!

Hasta aquí cuanto dije entonces bajo la impresión que había tenido, antes de ver juntos a José y a Juan, comparando con el recuerdo el torero de ambos. Joselito era para mí la suma de todo el torero, no que yo había visto, porque jamás había visto torear como él toreaba, pero sí que yo había aprendido leyéndolo en los libros antiguos y recogiendo las narraciones de viejos toreros, y Belmonte representaba la herejía. Pero un día...

He de volver a buscar entre mis viejos apuntes las palabras de mi convencimiento; por decirlo mejor, casi de mi arrepentimiento:

En una ocasión, era al principio de la reñida competencia, después de una tarde triunfal, en que Joselito había toreado como mandan las reglas más puras y clásicas del torero, y Belmonte había toreado como le dió la real gana, y el público había aplaudido más a Belmonte, y yo más a Joselito, fui a ver al último y lo hallé, prisionero voluntario en su casa, con los ojos encendidos de llorar. El pundonor, el amor propio, la codicia de aplauso de aquel mocito, sabio entre los sabios en la ciencia del torero, eran algo inenarrable e inconcebible.

—Pero, ¿cómo es posible! —exclamé—. ¡No saben lo que ven! Ese hombre es un loco, un codillero, está a merced del toro! Guerrita tenía razón cuando dijo: «Hay que aligerarse pa verlo.» Y no se equivocó. Los toros no le han matado; pero lo cogen todos los días. Es una cuestión de suerte. Pues los toros lo cogen; eso es lo que Guerrita quería decir. ¡Eso no es torear!

Joselito el Gallo se irguió y me respondieron a la par su orgullo y su conciencia de artista: —Yo soy el mejor, Felipe, ¡el mejor! Pero esta tarde ese jorobao ha toreado como el que inventó el torero.

¡Ese jorobado! Ahiné mi atención al ver torear a Belmonte; ya tenía yo cierto pudor de que sólo me conmoviese desde un punto de vista sentimental. Una tarde, en una serie de verónicas asombrosas, al escuchar los oles, un coro unánime, con que el público acompañaba los lances, reparé en que los gritos tenían un sucederse isócrono y que iban a compás del torero, y advertí que ese torero tenía un ritmo y una medida como un verso y como una frase musical. ¡Ah! ¡Sí! ¡Pues entonces tenían un valor de arte! Viéndole luego torear de muleta con la misma lentitud, y seguro, erguido, me pareció que ya no tenía joroba; las piernas serían de trapo; pero no podíamos advertirlo porque no se movían, y, es más, la pierna que estaba rígida, la colocaba más cerca del toro en el cite cuerpo a cuerpo —tal un boxeador que busca siempre un clinch—, aquella pierna muerta, tenía una línea estatuaria, desde el escorzo de la cadera hasta la planta del pie, base de la escultura, y así lo que en Joselito era una teoría de enlaces, las figuras de alto relieve de un friso, adquiría en Belmonte una solidez maciza y monumental. Belmonte era también un artista, y un artista que había aprendido de sí mismo, en la porfía del peligro, el arte que él mismo se inventó. Sí, sí; eso era también torear, y torear hasta entonces más cerca que nadie, y todo dependía de que, por arte de milagro, por adivinación que ni se aprende ni se enseña, Belmonte sabía templar —para él se inventó la aplicación de este verbo a la tauromaquia—, sabía ajustarse como nadie a la velocidad del toro, le toreaba a su medida, lo prendía del trapo, y así fué el inventor de un nuevo sitio y de un nuevo tiempo para la inverosímil maravilla de su torero. Lo que hacía Belmonte no lo había hecho antes nadie. ¿Era, pues, superior a Joselito? No; era una cosa distinta. Pero los dos contribuyeron a un mismo fin.

El sastrer —aquel famoso y popular Uriarte— probando a Joselito uno de los trajes de luces que le confeccionaba para la temporada



(Continuará.)

# Resumen gráfico de las corridas de Feria de San Sebastián

1.ª: Domecq, Ortega, El Estudiante y Luis Miguel Dominguín

2.ª: Ortega, Pepe Luis Vázquez y Parrita

3.ª: Silverio Pérez, Pepe Luis, Luis Miguel y Parrita

4.ª: Armillita, Pepote, Fermín Rivera y Luis Miguel



El gran caballista y caballero Alvaro Domecq clavando un rejón



Ortega, con la muleta en la zurda, dominando y mandando como un gran maestro siempre



Luis Gómez (El Estudiante) citando con la muleta



Luis Miguel Dominguín, al aire la gracia de su capa alegre



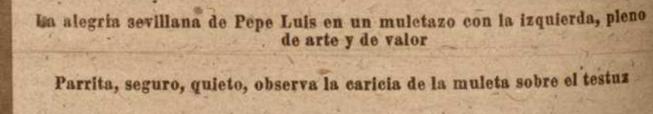
Domingo Ortega con la muleta momentos antes del desplante en que fué cogido



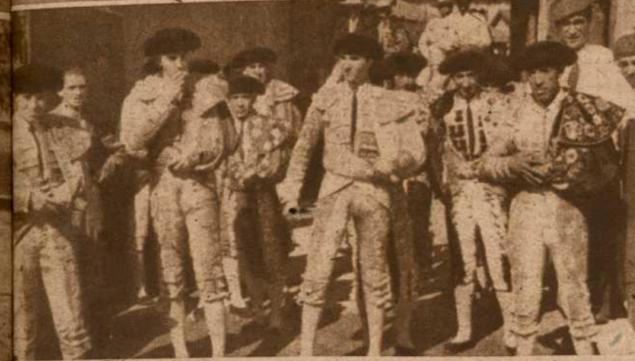
Ortega, seguro y mandón, en un muletazo con la izquierda



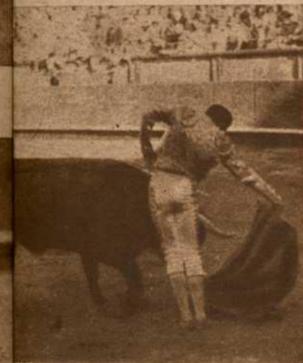
La alegría sevillana de Pepe Luis en un muletazo con la izquierda, pleno de arte y de valor



Parrita, seguro, quieto, observa la caricia de la muleta sobre el testuz



Silverio, Pepe Luis, Luis Miguel y Parrita antes del pasello de la tercera de Feria



Silverio en un derechazo



Pepe Luis se luce con la zurda

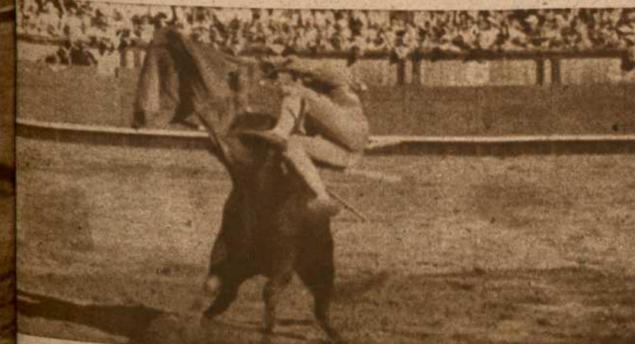


Luis Miguel con la muleta

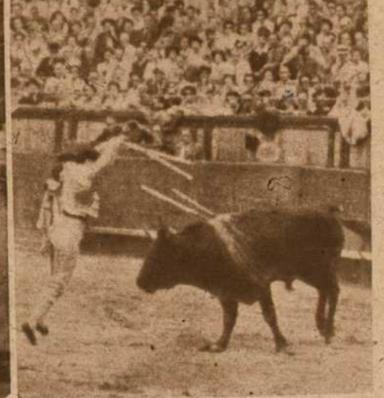


Parrita, siempre seguro

La aparatosa cogida que sufrió Parrita, felizmente sin mayores consecuencias



Armillita con sus trofeos de triunfo



Pepote en un gran par de banderillas



Fermín Rivera en un pase de muleta



Luis Miguel en una manoletina

El banderillero Gabriel González pasa a la enfermería en brazos de las asistencias, después de la grave cornada que sufrió en la última de abono (Fotos Marín)



Varios aspectos de la Plaza de San Sebastián durante las corridas de Feria. Entre la concurrencia, el ministro de Justicia, camarada Raimundo Fernández Cuesta, y la popular figura de Armillita

AYER Y HOY

## Las cuadrillas casi inamovibles de antaño

Por Don Indalecio



En medio, la novia de un espada moderno necesitaría de varias mudas por la razón de que su cortejo les da la cuenta a sus picadores y banderilleros con la misma frecuencia que las señoras de su casa a las "pobres chicas las que tienen que servir".

En muchas ocasiones va uno de visita a casa de unos amigos, y a la doncellita —inevitablemente "pizpirita" para quien quiera ser buen literato— que nos abre la puerta hay que preguntarle con sorpresa:

—¿Cómo! ¿Pero aquí sirve usted ahora?

—Sí, señores, sí. De la casa anterior no tuve más remedio que marcharme. Allí no había sino mucho trabajo y poca comida. En cambio, aquí estoy en la gloria.

Sin perjuicio de que, a la semana siguiente, tengamos que volver a sorprendernos en otra parte, porque la tal se había equivocado de piso, y lo que ella había tomado por la gloria le había resultado el infierno.

Con el personal de las cuadrillas actuales nos ocurre otro tanto, y a los picadores y banderilleros, de una corrida para otra, hay que preguntarles, como a las criadas: "¿Cómo? ¿Pero a las órdenes de este espada va usted ahora?"

¿Dónde está el origen del mal? ¿En los espadas? ¿En los subalternos? Averigüelo Vargas, pero el mal existe. En lo mucho que uno tiene repasadas las viejas revistas profesionales y en lo no poco que uno ha leído y vuelto a leer los trabajos biográficos, referentes a diestros famosos, tenemos advertido, con la reflexión consiguiente, para hacer un estudio comparativo, que los espadas de categoría de antaño tenían organizada una cuadrilla casi inamovible al correr de las temporadas. ¡Menudo revuelo se armó cuando Guerrita se le despidió a Fernando, el Gallo! ¡Y flojos comentarios se hicieron cuando Lagartijo, terminada una temporada, le dió la licencia a José Gómez, Gallito, fundador de la dinastía, por si estaba enfermo o no estaba enfermo!

Posteriormente, en cuadrillas que ya conocimos "de visu", en la época de la pareja Bomba-Machaco, no había necesidad de consultar carteles y programas para tener conocimiento previo de quiénes íbamos a ver de subalternos a las órdenes de Ricardo y de Rafael. ¿Para qué consultar aquéllos, si temporada tras temporada las

cuadrillas eran inamovibles, al contrario de lo que sucedía con los funcionarios del Estado, que cambiaban con las "situaciones" políticas? Recordemos un caso: Al retirarse Ricardo Torres, Bombita, en octubre de 1913, una publicación popular editó un número "de circunstancias", con la firma de "Don Sincero", o

DE cuántas docenas de pañuelos hubiera precisado actualmente la traída, llevada y cantada novia de Antonio Reverte? Para tener al día el famoso lienzo de los cuatro picadores y el maes-

sea Victor Ruiz Albéniz, y dedicado a la retirada del Niño de Tomares. Como final del trabajo, a los picadores y banderilleros de Bombita se les tomó declaración para saber lo que opinaban de su jefe, de su retirada y de lo que pensaban hacer en adelante. La mayoría de ellos llevaban muchas temporadas a las órdenes de Ricardo y se iban con él. De esas declaraciones recuerdo principalmente la del banderillero Enrique Alvarez, Morenito, que con Ricardo había empezado y con Ricardo se iba. No tengo el texto delante, pero, poco más o menos, Enrique Alvarez decía así: "Yo me voy a la vez que Ricardo, porque no podría someterme a las órdenes de otro matador. ¡Y con los dhillidos que dan algunos!"

Y, efectivamente, era así. A fuerza de ir con el mismo espada y conocer sus gustos, las órdenes las daban con la mirada, y el subalterno se agarraba al "intelligenti pauca". Manuel Antolín, Antonio Bravo, Barquero, y el citado Morenito, con el de Tomares; Patatero, Camará y Cantimplas, con el cordobés; Blanquet, con Joselito; Calderón, con Belmonte..., fueron instituciones junto a sus maestros.

Hoy estamos en la época de las cuadrillas "incompletas", como incompleta es la Sinfonía de Schúbert. Los espadas, aun los de gran categoría, al llegar a la población donde han de torear, tanto precisan del maletero en la estación como de un banderillero local que complete la cuadrilla llená de remiendos.

¡Cualquiera escribirá dentro de unos años la historia crítico-biográfica de los grandes espadas actuales! La lista de banderilleros y picadores que han figurado en sus cuadrillas necesitaría tanto espacio como aquellas otras de los censos electorales. Y, además, ¿de dónde sacar las anécdotas que daban tanto colorido a las biografías? Ya un moderno Chuchi no se presentaría, lloroso y cabizbajo, a la hora de la cena en familia —en "familia torera"— por si el matador, que era Frascuelo, le había sermoneado por la tarde, en el ruedo, por si remoloneaba o dejaba de remolonear para ir al toro. ¿Y aquel otro dhascarrillo, ocurrido en la disciplinada cuadrilla de Guerrita, en que éste impuso el castigo de pagar unos cigarros y unas copas a cierto fantasioso banderillero que se había permitido el "atrevimiento" de llegar a la fonda cuando ya hacía rato que el matador y sus demás compañeros estaban sentados a la mesa?

Lo mismo ocurre con las fotografías que en nuestros archivos amarillean con esos retratos "de galería", en que aparecen los matadores más famosos rodeados de su cuadrilla completa o con algún banderillero o picador de su preferencia. ¿Quién no recuerda aquella fotografía de Lagartijo con Calderón, el Dientes? ¿Y a quién se le han olvidado las de los cordobeses Lagartijo Chico y Machaquito, o las de los sevillanos Limeño y Gallito, rodeados de sus

juveniles cuadrillas? Fotografías eran de "estudio fotográfico", en el que se presienten unas escaleras inacabables, sin ascensor, naturalmente; unos toldos corridos a voluntad para que no fuera tan fuerte la luz cenital y unos aparatos metálicos que hacían como de argolla en el cuello de la víctima fotográfica, para que ésta no pudiera



Manuel Rodríguez, Manolete, y su banderillero Antonio Labrador, Pinturas

mover la cabeza a derecha ni izquierda, con peligro de salir movida, como si hubieran sonado ya los timbales y clarines que autorizan la apertura del que se llamó portón de los sustos.

No. No es ahora, que todo cambia, igual que antes la formación de una cuadrilla. Antes, de banderillero en una cuadrilla de solvencia se pasaba a "media espada", para tomar la alternativa "cuando el maestro lo dispusiese". Hoy se duerme una siesta en la categoría de becerrista; se pasa de un salto a matador de toros, para "devenir", a no mucho tardar, en banderillero. Todo lo mismo, sólo que al revés. ¿No era media vuelta a la izquierda igual que media vuelta a la derecha, sólo que todo lo contrario, para cierto sargento quintero? Pues no era el hombre tan poco explícito como parecía.

Claro es que ni ahora ni antes hubo ni hay regla sin excepción. Antaño también sufrirían alteraciones las cuadrillas; en cambio, ahora, en algunas, terminada la temporada, tampoco se mueve una mosca. ¿Puede servirnos, como buen ejemplo, la inalterabilidad de las huestes de Manuel Rodríguez, Manolete?

GANADERÍAS  
PRESTIGIOSAS



# El maestro MORENO TORROBA presenció en la Plaza vieja de Madrid la cogida y muerte del banderillero LAGARTIJILLA

En su juventud era un espectador apasio-  
nado, de los que gritaban y discutían;  
pero ahora es tranquilo y científico

**P**ARA ver al maestro Moreno Torroba no hay más remedio que practicar el alpinismo urbano. El alpinismo urbano —ya lo habrán comprendido ustedes— consiste en cubrir, escalón a escalón, hasta un ático, en una de esas horas en que no es posible utilizar el ascensor a causa de las actuales restricciones; es decir, a casi todas las horas. El maestro en persona nos abre la puerta. Estos días se ha quedado solo en Madrid. La familia está veraneando, y él se marchará también tan pronto como



sus actividades en Madrid se lo permitan. Esta mañana, el popular compositor tenía que salir; pero ha renunciado a ello, porque hace un calor de horno; pero sobre todo, porque le aterra el panorama del regreso, la ascensión de estas escaleras que conducen hasta el piso donde el maestro trabaja. Y ha sido mejor. La jornada matinal ha resultado muy provechosa. Desde que Moreno Torroba dejó de ser empresario —y él asegura que no lo volverá a ser en la vida—, hace más música, y además lo hace más de prisa. La inspiración, liberada de los números y de las complicaciones del negocio teatral, acude fácil, y así la temporada próxima veremos varias obras musicadas por quien tan familiarizado está con el éxito.

## TARDE DE TRIUNFO EN EL ESCORIAL

Moreno Torroba va a los toros desde hace mucho. Casi desde que nació. Su pasión por la fiesta ha disminuido con los años; pero su afición continúa, serenada con el tiempo, sin los arrebatos y los gritos de su juventud de hace treinta años.

—Y es natural—nos explica—, porque eso pasa con todas las aficiones y vocaciones. En el período paciente hay como un júbilo explosivo, que poco a poco va cediendo en la intransigencia, posándose... Lo único que no ha cambiado para mí en la fiesta de toros es la impresión de alegría que me produce en ambiente, la alegría de todo cuanto la rodea...

—¿A qué época taurina corresponde su posición de espectador expresivamente entusiasta?  
—A la de Bombita, Machaquito, Vicente Pastor... Mis veinte primaveras de entonces también son mis

«efemérides» taurinas. Porque yo he toreado. En El Escorial maté una vez un becerro y he toreado otras. Cuando actué de espada lo hice muy bien, modestia aparte; tanto, que el público pidió que pusiera banderillas. A mí, esto de clavar los palitroques, y lo mismo les sucede a todos los que tolean en becerradas, me parecía lo más difícil de hacer, y además mi madre estaba en la Plaza y no quería aumentar su nervosismo. Pero insistieron tanto, que cogí un par y fui a pedirle permiso a mi madre y a hacer comprender al mismo tiempo al «respetable» que estaba bajo la patria potestad. Mi esperanza era que mi madre se negara; más no fue así, sino que cuando me dirigí ante su palco, me dijo: «¡Anda! ¡Anda!», señalándome el toro. Y no tuve más remedio que ir y ponerlas donde... quiso el toro. Mire usted si tuve buena acogida, que me quisieron contratar para Guadarrama; pero vi los toros, me parecieron demasiado grandes y «me rajé».

## TARDE DE TRAGEDIA

—La primera Plaza que vi fué la de Carabanchel. Usted sabe que antes de que existieran los actuales medios de comunicación, muchas familias de Madrid veraneaban allí. Tendría entonces seis años, y ya me cautivó y me ganó esa alegría de que está impregnado todo lo taurino y de la que le hablaba antes. Esa alegría que tiene su equivalencia musical en un pasodoble marchoso y madrileño. Luego, ya «crecido», fui asiduo de la Plaza vieja, y allí presencié la cogida mortal de Lagartijilla. Lagartijilla era un banderillero, me parece que de la cuadrilla de Rodolfo Gaona. De lo que sí estoy seguro es de que el mejicano toreaba aquella tarde. El cuerno le entró por el cuello, debajo de la barbilla. Fué una tarde trágica y me causó honda impresión. Otra cosa para mí inolvidable son aquellos toros de Veragua que aparecían por los chiqueros y nunca acababan de salir, de grandes y largos que eran... Y otra impresión, pero ésta magnífica, fué la de una tarde, en Aranjuez, en la que Belmonte se encerró con una corrida de seis toros y obtuvo un triunfo apoteótico.

—¿Usted era belmontista?

—Pues, no, señor. En los tiempos de la competencia entre los dos colosos, yo era joselista, pero sin dejar de admirar a Belmonte por todo lo que trajo de innovación en el toreo.

## MUSICA Y TOROS

—Seguramente, maestro, su afición habrá tenido un reflejo directo en el pentagrama.

—Verá, verá... Yo hago mucha música de motivos madrileños, y creo que se acopla muy bien a los toros... Directamente, tengo varios pasodobles taurinos, y en una de mis obras, «La chulapona», hay un cuadro que es la ida a la Plaza. Pero este cuadro donde había que verlo era en el teatro Colón, de Buenos Aires.

—¿Por qué?

—El teatro Colón tiene un escenario mayor, mucho mayor todavía que el del Real, de Madrid. Ese cua-



dro se hizo allí con picadores y todo y con una caleza cuyo caballo atravesaba el escenario a galope. Resultaba fantástico.

## UN INCONVENIENTE DE LA FIESTA

—¿Le ve usted algo de malo a la fiesta?  
—Una cosa nada más: que le quita gente al teatro.  
—Bueno; pero es sólo por la tarde.

—Sí. Cuando no torea por la noche el Niño del Museo. Eso es lo que no me gusta de los toros, y eso es lo que no me gusta del fútbol.

—¿Y quitaría algo de la fiesta tal y como se celebra ahora?

—Se podría discutir lo de los petos, que son feos, antiestéticos. Sin embargo, lo otro, lo que se veía cuando no había petos, era mucho más antiestético y más desagradable todavía. Por mi parte, prefiero que quede como está.

—¿Qué es lo que más le gusta o lo que más le interesa dentro del conjunto de la fiesta?

—La faena de muleta. Lo que se llama la hora de la verdad. Esa parte es la más atractiva para mí desde mi punto de vista de espectador.

—¿Soñó alguna vez con la gloria, la fortuna y la popularidad del torero?

—No. Nunca. Cada uno tiene su vocación, y yo tengo la mía. Siempre he querido ser músico, y eso es lo que soy. Entre ser torero y ser músico, hubiera escogido siempre esto último. Del mismo modo que un torero entregado a su profesión no cambiaría ésta por ninguna otra.

—En la época anterior a José y Belmonte, ¿cuál era su torero?

—Vicente Pastor. Y luego, la pareja Bombita-Machaquito. Claro que era un toreo distinto, otros toros, otro modo, casi, de ver la fiesta. Manolete no hubiera podido surgir entonces. El toreo, como todo, avanza, se transforma, se perfecciona, y cada figura responde a una época. Por eso, al hablar de cada diestro famoso hay que situarlo en su momento para comprender la importancia de una Guerra, de un Joselito, de un Ortega, de un Manolete...

—¿Fué o es usted amigo de toreros?

—Nunca he frecuentado los ambientes taurinos. Conozco a varios toreros, aunque no puedo decir que tenga amistad profunda con ninguno de ellos. Lo prefiero así, para que mis puntos de vista de espectador no puedan estar influenciados por el afecto hacia determinado diestro.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

# TORETES EN SAN ROQUE

Por JOSE CARLOS DE LUNA



SE inició la temporada con corridas de toros que si no llenaban las aspiraciones de los aficionados, podían pasar decorosamente comentadas. Pero bien poco duró el ilusionado contento: vuelven a triscar en los ruedos los consabidos becerotes a media ceba o apelonados apresuradamente, sin tino ni medida, atentos los criadores y recriadores al menester industrial de embutir en pellejos de tres o cuatro años el cebo preciso para que pase de mogollón la divisa o con cualquier multilla de menor cuantía, que ni aun pagán-

dola de sus bolsillos mella la hacienda pecuaria y respetabilísima.

La poca entereza de los públicos, adormecidos por la ñoñez pseudoartística, creó un estado de inconsciencia cada día más peligroso para las prerrogativas de la fiesta nacional.

Con el aminoramiento del riesgo y el aumento de *importación*, los toreros constituyen verdadera plaga. Y como no se trata de acabar con ella —¡no faltaba más!—, se esponja la de ganaderos, ganaderetes y tratantes matriculados invadiendo el agro para subvenir a las necesidades en creciente demanda de reses que lidiar. El paralelismo de estas dos actividades en progresión creciente desplaza no sólo a la afición, sino a las características de nuestro espectáculo por excelencia, que viene a ser el tióvivo más caro, pero tióvivo, de las ferias ciudadanas o pueblerinas.

Por lo visto, hacía veinticinco años que no se celebraban corridas de toros en la Plaza de San Roque, el histórico pueblo del Campo de Gibraltar. En la última, por el año 1920, formaron el cartel de feria los diestros Luis Freg y Ernesto Pastor, con ganado de Moreno Santamaría, y, curioseando, hemos podido hacernos del peso de aquellos toros, que dieron en canal un promedio de 342 kilos, y dejaron para el arrastre nueve jacos.

A esta feria de 1945 ha querido darle la ilustre ciudad todos sus antiguos requilorios y preeminencias, organizando una corrida a base de Cañitas, Escudero y Albaicín, con ganado de la Cova, dicen que procedentes de Saltillo. Nada había que oponer al cartel elaborado con buena fe y cuantiosos sacrificios. Los toreros, artistas, valientes y bastante pundonorosos. ¿Los toros? Pues ahí es nada: oriundos de Saltillo. ¿Estamós?

Atiendan: mansos, sosos y endebles; sólo el lidiado en cuarto lugar recordó algo a sus pretéritos abuelos con unos adarnes de nervio. Bien presentada la corrida, jarrojó un peso medio en canal de 220 kilos!

Un viejo amigo, buen aficionado y alma de la organización de esta corridita, comparaba tiempos, estilos y toros, sacando la consecuencia de que no valió la pena abrir las puertas de la vieja Plaza sanroqueña para la presentación de tal mojiganga a cincuenta pesetas la entrada.

Y... vaya otra consecuencia más, que debe quedar amartillada para siempre: no es la culpa de los toreros ni de los organizadores anónimos en el cuadro de honor de los grandes promotores del espectáculo. Ni los diestros que torearon en San Roque en esta feria de agosto pusieron vetos ni condiciones, ni los organizadores anduvieron lupa en mano rebuscando una camada de gatitos gordos. Aquéllos vinieron a torear y a matar como mejor pudieran lo que les soltaran al ruedo, y éstos pecharon con las reses de la Cova, porque adondequiera que volvían los ojos no encontraban sino parejas mezquindades.

Es lógico que los profesionales den gracias a Dios y se bañen en agua de rosas cuando conocen el día antes que tienen que habérselas con reses chicas y sin poder; pero con tres

o cuatro excepciones, no hay que culpar a los toreros de la miseria enchiquerada —¡carísimas barraduras!—, porque así lo exigen. Quédense toda la culpa para los ganaderos, que, atosigados por la demanda y las ganancias que a la demanda se añan, perdieron la consciencia de su deber y el concepto de escrupulosidad profesional para ceder lo que tienen o allegan a medio criar.

—¿Por qué no disponen de otra cosa?

—Diga usted, y acertará, que no les conviene disponer.

**XEREZ-QUINA**

EL APERITIVO  
QUE TOMA  
TODO  
EL MUNDO

**VALDESPINO**  
JEREZ

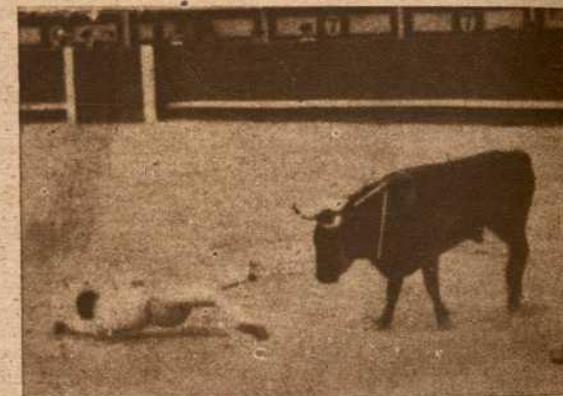
## En la Monumental de Madrid



Jesús Guerra, Manolo Navarro y Rafael Llorente antes de hacer el paseo el día 12 del actual



Una caída al descubierto y Rafael Llorente al quite



Cogida de Jesús Guerra

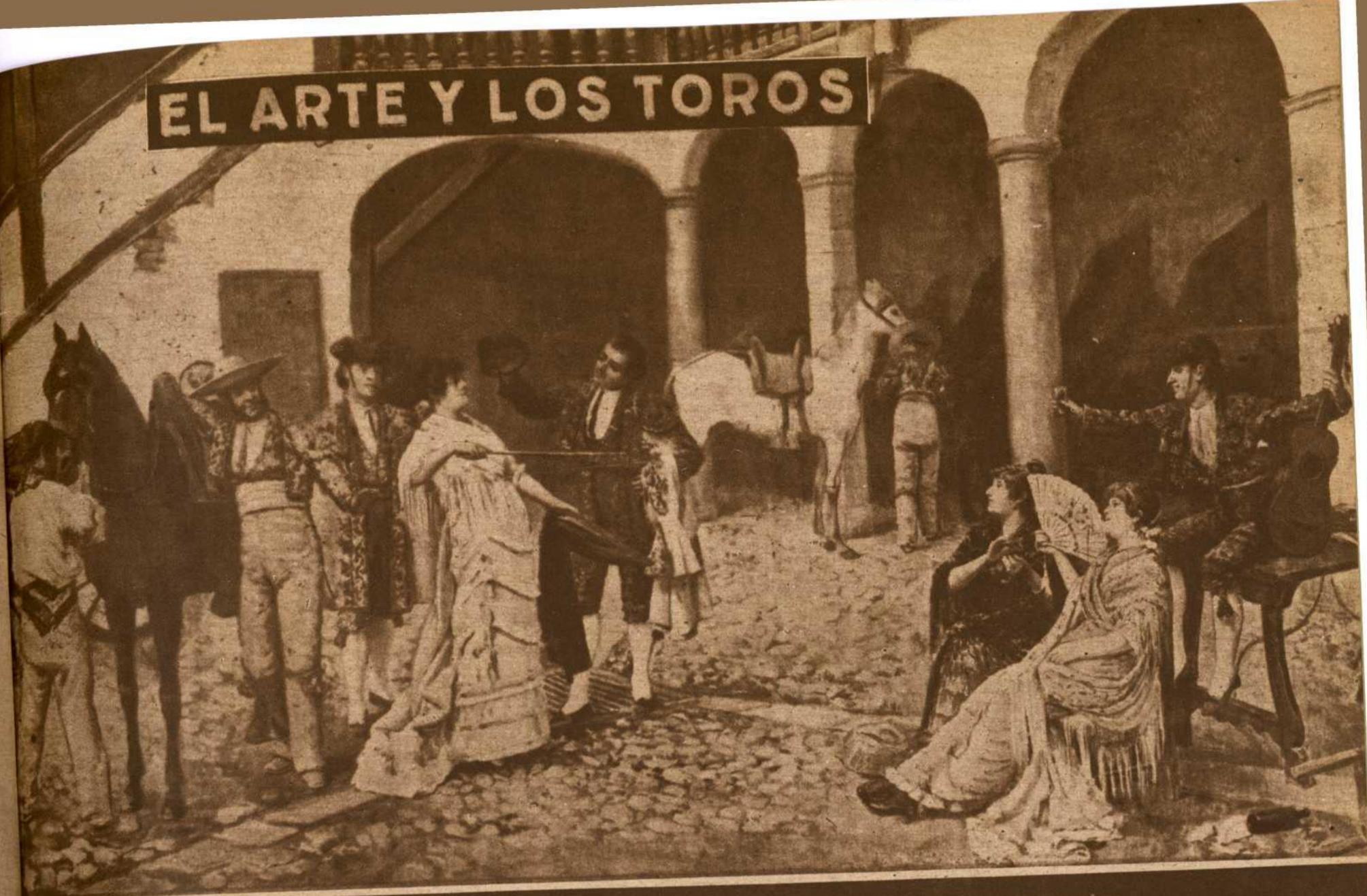


La cogida de Manolo Navarro



Rafael Llorente, después de matar los seis novillos y cortar dos orejas, fué sacado en hombros

# EL ARTE Y LOS TOROS



«Lección de tauromaquia». Un acierto de impresión y de ambiente que acredita al ilustre pintor murciano

## EL AMBIENTE TAURINO Y LAS PINTURAS DE JOSE ALARCON

Por MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

Cuando agoniza el siglo XIX, a pesar de que el arte y las costumbres españolas tratan de emanciparse de viejos tradicionalismos, de cierta influencia de tiempos pasados muy ligados a la reverencia y la ceremonia, se conservan puras las esencias más representativas de los viejos modos característicos de nuestra Patria. Si es verdad que al iniciarse el pasado siglo sufre el mundo una conmoción que perturba la vida de los pueblos; pero serenados los ánimos al pasar de los días y desvanecidas ciertas influencias de un romanticismo lacrimógeno, quedaba en el país la savia de un temperamento sereno y equívoco que había de dar como fruto aquel encantador ambiente madrileño de los últimos años de la pasada e inmediata centuria. También es verdad que es el tiempo de los pronunciamientos, de la pérdida de las colonias y de nuestra decadencia política y social; pero, a pesar de todo, hay cierto esplendor en nuestra literatura y en nuestras bellas artes. Galdós, Echegaray, la condesa de Pardo Bazán, Pereda, Palacio Valdés, Alarcón, etc., etc., por un lado, y Ferrándiz, Lizcano, Rosales, Madrazo, Pradilla, Gisbert y Ferrant, por otro. El propio Alfonso XII democratiza el Madrid de antaño. La aristocracia se reúne en Tourné y Lhardy, mientras los intelectuales cenan en Fornos o en el Suizo y en doña Mariquita y Pombo se sirven chocolates a todas horas. Triunfa el género chico en Apolo, en el Príncipe Alfonso, Coliseo Imperial y el Gran Teatro, mientras en el Alhambra y Triana brillan las variedades, precursoras de los hoy grandes espectáculos. Cuando muere Alfonso XII en El Pardo, durante la Regencia, parece que se modifica un tanto el ambiente nacional. Se agudizan las luchas de partido; la Prensa ocupa un puesto preeminente en la vida del país. Juega el político con el periódico o los periodistas se ensayan en la política. Que todo conduce a lo mismo: a la hegemonía del individuo. Y en este barajar de opiniones y de enfrentarse tendencias, el país, que siente el ansia de europeizarse, de hacerse cosmopolita, quiere soltar las amarras que le atan al pasado, olvidando, infeliz, que no es tan fácil el desprenderse de las costumbres que integran nuestra idiosincrasia psicológica nativa. Pero algo

ha hecho, afortunadamente. El pueblo ha dejado de llorar y reír. Es el temperamento el que evoluciona, es el carácter el que se modifica. Los poetas van dejando ya de llorar, y las mujeres de desahogar funestas pasiones. Se inicia con ello un período preparatorio de, a la larga, empresas heroicas. Madrid se divierte y paritica en las torcas y en las verbenas, se exalta ante un estreno y empieza a reírse con los viejos dramas del postromanticismo. Las mujeres son hembras chulapas y castizas, aunque en el fondo sean también unas sentimentales. Los hombres son majos gallardos y valientes. Se viven los tiempos de Julián y Susana, de Felipe y la Revoltosa, de los toreros al estilo de Mazantini y Frascuelo, de Reverte y de Lagartijo.

En este ambiente, muy acmeramente descrito, pues hasta un libro es poco para hablar de las costumbres y el ambiente del XIX, las corridas de toros, más que una diversión, son un rito; más que tumbres y el ambiente del XIX, las corridas de toros, más que una diversión, son un rito; más que un espectáculo, una ceremonia. Tan ceremonia, que el desfile de los asistentes van a la corrida para admirar se ya de por sí un entretenido y vistoso espectáculo. Los aficionados

y aplaudir a sus diestros; los curiosos y faltos de medios, a presenciar en la calle de Alcalá el regreso de los toreros en landós descubiertos, escoltados por coches y jardineras con mujeres con mantilla y señores con bombín o chistera.

José Alarcón, el excelente pintor murciano, realiza en 1883 su famoso cuadro *La salida de los toros*, dechado de perfección costumbrista que refleja de una manera admirable ese curioso y entretenido espectáculo callejero que venimos comentando.

Y junto a este lienzo, entre otros varios que hicieron popular y dieron prestigio a su autor, ese otro que ilustra también esta página, *Lección de tauromaquia*, realizado un año después, 1884, en el que Alarcón trató de plasmar en colores una escena graciosa y simpática antes de la corrida, y en la fonda en que se hospedan los toreros.

Por lo que tienen de evocación, por el acierto con que se ha recogido el ambiente de finales del pasado siglo, bien merecen estos cuadros nuestra atención y nuestro comentario, si no existieran, además, razones de técnica y de maestría pictórica.

«La salida de los toros». Aquí está recogido, por Alarcón, el momento de una salida de la Plaza vieja en los finales del pasado siglo



# FESTIVAL TAURINO BENEFICO EN



Antonio Bienvenida, don Julián Cañedo, el duque de Pínohermoso, Mario Cabré y Armillita haciendo el paseo en El Escorial



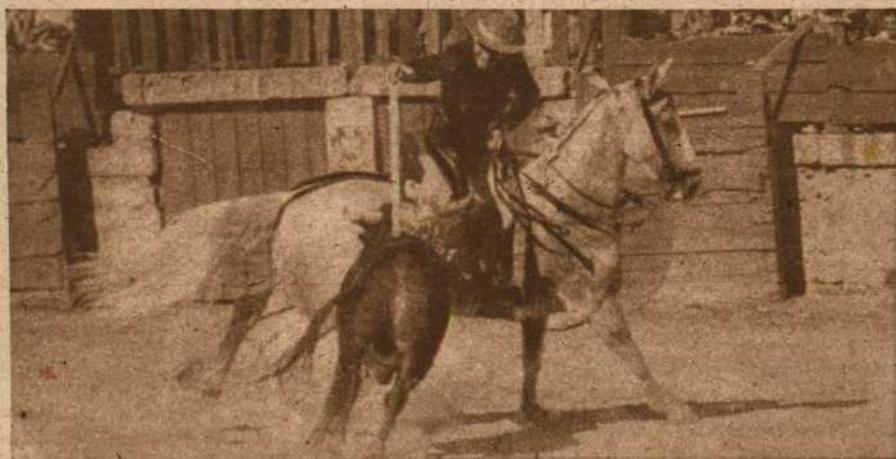
Un par de banderillas del duque de Pínohermoso



El sorteo de los novillos horas antes de la corrida



Juan Belmonte después de dar una magnífica estocada



Juan Belmonte clavando un par de banderillas



Armillita toreando con el capote a su novillo



El duque de Pínohermoso en un ayudado por alto

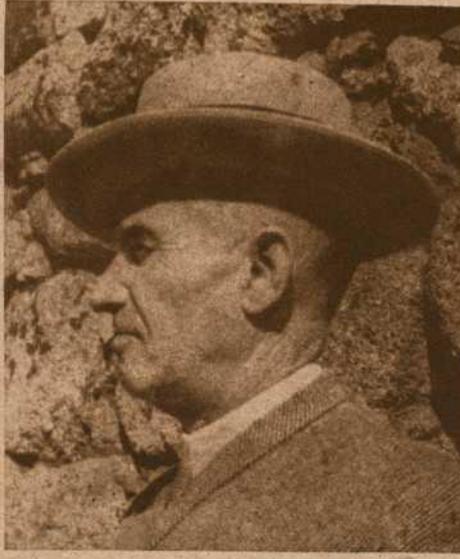


Una magistral verónica de Mario Cabré

# SAN LORENZO DE EL ESCORIAL



Juan Belmonte



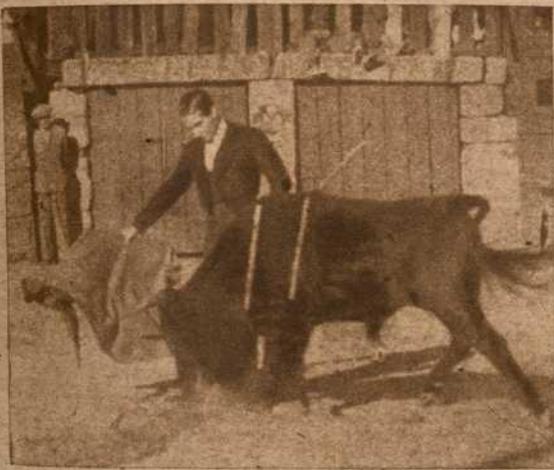
Don Julián Cañedo



Armillita Chico



Antonio Bienvenida



Antonio Bienvenida en su faena de muleta



Juan Belmonte y el duque de Pinohermoso



Las presidentas de la corrida



Don Julián Cañedo y Antonio Bienvenida



El duque de Pinohermoso y Juan Belmonte



Una bella espectadora. En segundo término, el director de EL RUEDO



Antonio Bienvenida, don Julián Cañedo, Belmonte y Armillita



Mario Cabré y Antonio Bienvenida (Fotos Mari)



Muchas espectadoras fueron a la corrida luciendo la mantilla española



## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

FUE cuando aquella gravísima cogida que sufrió en Algeciras Rafael Gómez (El Gallo). Juan Belmonte, gran amigo de Rafael, ha ido a visitar a éste al hotel donde lucha con la muerte. Ha deambulado por los pasillos, inquieto, esperando la última noticia, y hasta ha llegado a la cabecera del herido, abrasado de fiebre, a llevarle, con su torpe palabra, el alivio de la presencia de un amigo. Después vuelta a los pasillos del hotel, y vuelta al comentario con los grupos de allegados, que buscan, después de la cogida, las posibilidades que hubo para que no sucediera. Que buscan el imposible en sus deseos de encontrar en todos un alivio a la zozobra de estos minutos —horas o días— de angustia, de interrogación. «Y el médico, ¿qué dice?» Vuela la palabra como una mariposa de grupo en grupo, desde el vestíbulo hasta la misma puerta donde el dolor hace presa en el cuerpo de Rafael, horas antes resplandeciente bajo un sol casi africano, en un anillo donde salió a jugar lo que tenía —la vida— con el arte y la gracia de los gitanos y al alegre caracoleo de su capa entre los afilados cuernos de un toro. La ciencia está ahora abriéndose las venas para dar todo lo que tiene a la vida de un hombre que aun alienta. Y en manos de este administrador del saber, en los dedos ágiles de un doctor, todos tienen puesta su esperanza, su amistad, y desde sus incómodas posiciones de espectadores interesados, sus fatigadas imaginaciones hacen fuerza para ayudar a las que el médico pone en la empresa.

Por fin, se abre la puerta para dar paso a la pequeña figura del doctor Morán. Una barbilla puntiaguda le da aire de diputado francés, y su aguileña nariz se recorta de perfil dentro de un grupo del que han afluido todos los que andaban a la espera ansiosa de la opinión de la Medicina. Y las palabras del doctor, que han abierto un claro de luz en la atormentada preocupación, empiezan a rodar rápidamente. Corren presurosas como campanitas de resurrección, y cuando el médico llega a la puerta del hotel, va la nueva inun-

da de esperanza a todo el pueblo de Algeciras y vuela por los hilos telegráficos, dando la vuelta a toda España.

Por eso la abultada figura de Fernando —el hermano mayor—, con su porte de cantaor flamenco de calidad, aparece en la placa fotográfica tranquila, aunque se le transparente la pena de esa cornada que él hubiera querido recibir en lugar del que está en la cama. Mira sin mirar al objetivo, pues su vida queda junto a la cabecera del herido, y sale a la calle sin salir, y andará a donde le lleven, ya que él no tiene otro sitio que junto al hermano que pena en la cama

del hotel. Y no irá tampoco a ningún lado, puesto que en realidad lo que están haciendo es despedir al doctor Morán, que ya ha hecho lo suyo, lo que tanto importaba a todos y que tantas esperanzas ha abierto de par en par.

También está en el grupo Muletilla, crítico taurino de aquel entonces, que ha venido a tomar sus notas, y ahora habla con Belmonte. El periodista está allí para hacer la crónica del torero herido, dar a las linotipias la semblanza de este dolor que, tanto siente en sus entrañas todo el pueblo español. La crónica de la cornada grave se espera con verdadera ansiedad para después devorarla con dolor, como cosa propia, como si el afilado puñal de la fiera desgarrase las propias carnes del lector. Y a eso ha ido el periodista, y por eso después «contará» por teléfono al taquígrafo sus impresiones, que se irán vertiendo sobre el blanco papel en pequeñas patitas de mosea indescifrables.

Mas lo verdaderamente interesante de esta foto estaba en la rápida diferenciación de la gente del toro y los demás. Entonces no era necesario conocer la fisonomía del matador o banderillero. Su porte ya lo decía. Y así como hoy, a la salida de un sanatorio, nos resultaría casi imposible distinguir a los profesionales que visitan a su compañero, en esta foto hasta un suceso puede decir quién es el torero y hasta quiénes son los demás. Porque hasta el médico resulta inconfundible.





Su Excelencia el Jefe del Estado, acompañado de su esposa, corresponde a las aclamaciones del público en la Plaza de Toros de La Coruña

**RESUMEN GRAFICO  
DE LAS CORRIDAS DE  
LA CORUÑA**



Arruza, con el ojo izquierdo lesionado, aguarda el momento de intervenir



Pepín Martín Vázquez en un magnífico natural



Alvaro Domecq en un par de banderillas



Un natural de Carlos Arruza en la misma corrida



Arruza, Pepín Martín Vázquez y Parrita dando la vuelta al ruedo



Carlos Arruza, con las orejas, el rabo y la pata de uno de sus enemigos

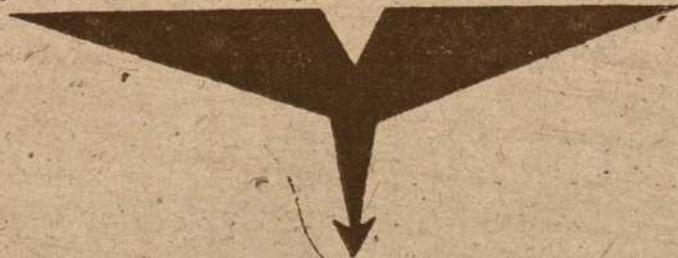


Parrita corresponde a las ovaciones del público, después de cortar las dos orejas



Alvaro Domecq da la vuelta al ruedo y muestra la oreja que le ha sido concedida

**ACEYTE YNGLES**



**PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!**  
C. S. 100

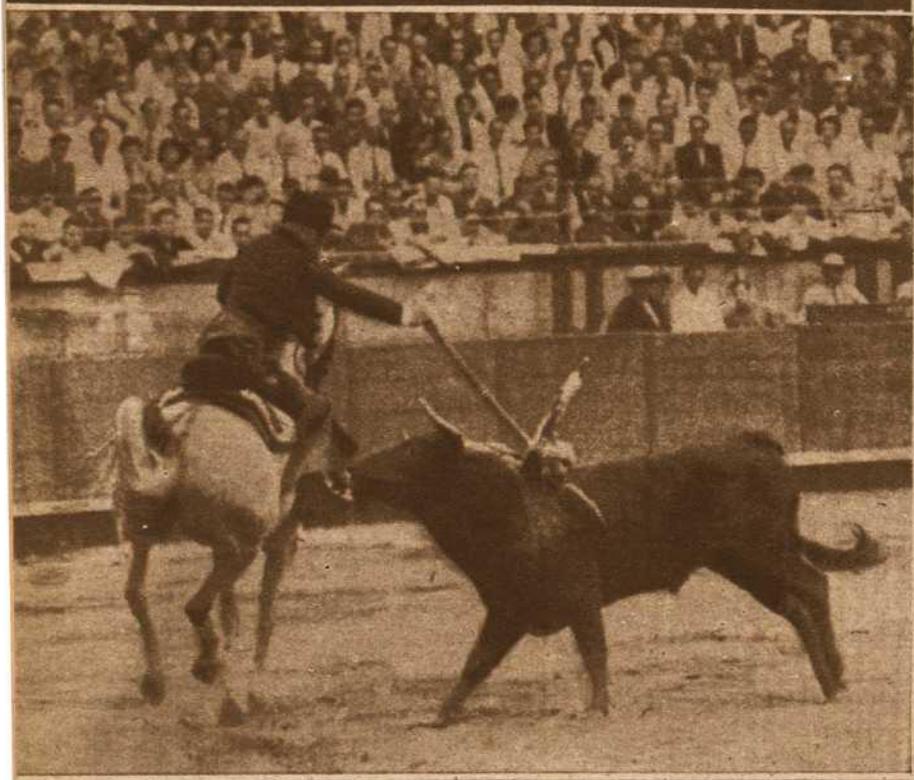


Un gran par del rejoneador jerezano



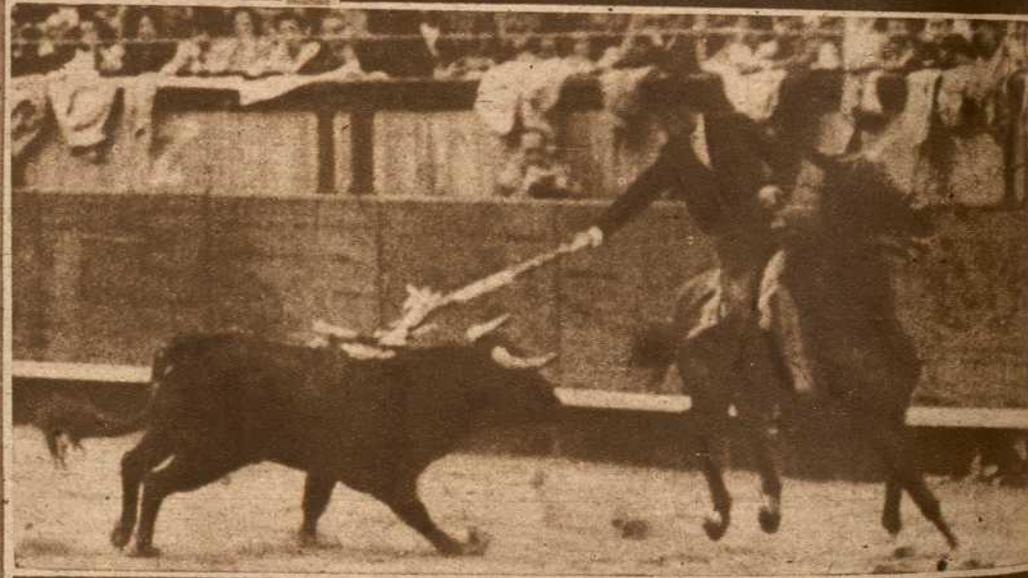
Alvaro Domecq en el callejón.—Abajo: Una pasada sin clavar

**DOMECQ**  
en  
**San Sebastián**

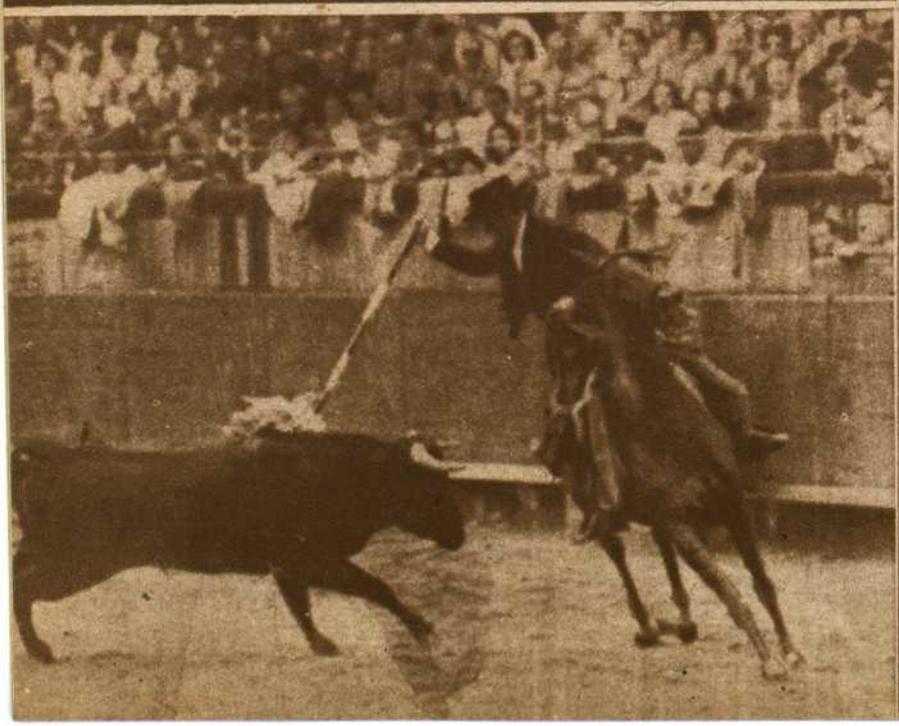


Domecq clavando un rejón de hoja de peral

Domecq clava en todo lo alto



Ple a tierra, Domecq hizo una gran faena





Desencajonado de un toro bravo  
Dibujo de Enrique Segura

# BÉNÉDICTINE

EN VERANO  
CON HIELO PICADO



EL REFRESCO IDEAL

DEPOSITO: PASAJES (GUIPUZCOA)